

7-6-53

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO
FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Fernando el Católico
Príncipe Maquiaóelico

RÉBECA ORTEGA
MAESTRIA EN HISTORIA UNIVERSAL

MEXICO, D. F.
1953



Universidad Nacional
Autónoma de México

Dirección General de Bibliotecas de la UNAM

Biblioteca Central



UNAM – Dirección General de Bibliotecas
Tesis Digitales
Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS ©
PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis esta protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

CAPITULO I

Maquiavelo y su tiempo. — Sus obras. — Concepto que tuvo del Rey Católico y la relación que puede existir entre éste y los libros escritos por Nicolás Maquiavelo. — Situación política de España a fines del siglo XV. — Personalidad de Fernando el Católico.

I

MAQUIAVELO

Las páginas que pretenden retratar a Maquiavelo difieren tanto en cada época que en vez de presentar la historia de este personaje, lo empequeñecen o agigantan, lo hacen temible por su maldad, o bien, pasan por alto todos los actos de la vida del escritor florentino que estorban a los autores para sustentar la tesis que pretenden sostener; producto muchas veces de la opinión general de la época o de la repetición de otros comentarios y no del estudio crítico de sus obras y del ambiente en que vivió. Así, formando una o varias, verdaderas leyendas de su vida, dejan de considerarle como ser humano; como hombre que tiene errores y defectos, pero también ideales muy elevados a los que dedicó su vida entera y cuyas obras inmortales contribuyeron a que la posteridad llegara a verlos realizados por otras personas.

En la actualidad se ha tratado de estudiar todos los actos de la vida del discutido autor en relación con sus obras y el ambiente de su tiempo; se ha querido captar la concepción que tuvo de la vida, de los individuos y del Estado; se han estudiado las relaciones que con él tenían sus contemporáneos italianos y extranjeros; la grandísima influencia que el pasado tuvo sobre él, y aún más, la que sus obras han tenido en todas las épocas posteriores al tiempo en que vivió, en casi todos los pueblos y gobernantes.

El lugar en que nació y actuó fue Florencia; la época, segunda mitad del Siglo XV y primera del Siglo XVI (1) cuando se desmoronaba en Europa el antiguo orden político.

Estuvo en contacto con los dirigentes de la política renacentis-

(1) Ferrara Orestes, *Maquiavelo*, Cap. I, Pág. 76 "Nicoló Machiavelo nació el día 3 de mayo de 1469".

Ferrara Orestes, *Maquiavelo*, Cap. XVI, Pág. 412 "Muere el 22 de junio de 1527".

ta por las muchas legaciones que desempeñó durante el gobierno establecido en Florencia de 1494 a 1512 y tuvo conocimiento de la organización política del Imperio Romano por el pensamiento de los autores clásicos, ya que la cultura que había adquirido le permitía la lectura de éstos.

Se ha discutido mucho sobre su preparación humanista; algunos afirman que conoció tanto el griego como el latín y aunque otros niegan que hayan tenido conocimiento del griego, lo cierto es que al igual que los hombres más destacados de su tiempo sentía una profunda admiración por la época clásica que tanta gloria había dado a los italianos. Lo mismo que aquéllos, él tuvo anhelos de volver a vivirla, y si algunos espíritus de su tiempo quedaron intensamente impresionados por aspectos diversos, especialmente por el artístico o cultural, Maquiavelo sintió con más intensidad el relativo a la debilidad de las ciudades italianas, a la desorganización que imperaba y a la falta de unidad política. Veía la potencialidad del italiano, superior en muchos aspectos a los extranjeros, y éstos, sin embargo, vivían en mejor situación que sus compatriotas. La mayor parte de sus libros forman una unidad cuya finalidad es actuar por medio de ellos en la política de su país, ya que sus servicios en el régimen del gobierno de Florencia habían sido rechazados al terminar el período de Soderini. En el prólogo del Libro Segundo de los **Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio** hace notar la gran admiración que en su tiempo se tenía por la antigüedad y el hecho de que no era mejor ésta que el entonces presente ya que su grandeza no ha desaparecido sino que ha pasado de unos pueblos a otros, aunque Italia la haya perdido. (1)

“Reflexionando yo en la marcha de las cosas, creo que el mundo siempre ha sido igual, con los mismos males y con idénticos bienes, aunque variando los bienes y los males de pueblo en pueblo. Así se advierte por las noticias que de los antiguos reinos tenemos, los cuales sufrieron cambios por la variación de las costumbres, continuando el mundo lo mismo. La diferencia consistía en que las virtudes existentes al principio en Asiria pasaron a la Media y después a Persia, de donde vinieron a Italia y Roma; y si al imperio Romano no siguió ningún otro que fuera duradero y en él que el mundo concentrara las virtudes, en cambio se disribuyeron éstas entre muchos pueblos que llegaron a un estado floreciente, como el reino de los franceses, el imperio de los turcos, el del Soldán de Egipto, y hoy día las naciones de Alemania; y antes de todos éstos los sarr-

(1) Maquiavelo, Nicolás, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo I, Pág. 160.

cenos, que realizaron tan grandes cosas y ocuparon tan extenso territorio, después de destruir el imperio romano de oriente”.

Nótese que no nombra a España a pesar de ser sumamente poderosa; acababa de expulsar a los árabes de su territorio y continuaba haciéndoles la guerra en el norte de África. Después de esto se lamenta del estado de Italia en su tiempo y dice: (1)

“En las naciones y pueblos nacidos de las ruinas del imperio romano continuó la antigua virtud, y en parte de ellos aún existe y es digna de las alabanzas que se le tributan. Los que nacen en estos pueblos y prefieren los tiempos pasados a los presentes pueden engañarse, pero quien nace en Italia o Grecia y NO LLEGA A SER EN ITALIA ULTRAMONTANO o en Grecia turco, motivos tiene para quejarse de estos tiempos y preferir los antiguos, PORQUE EN LOS ANTIGUOS HAY MUCHAS COSAS QUE LE MARAVILLAN Y EN LOS ACTUALES NADA LE COMPENSA DE TAN GRAN MISERIA, INFAMIA Y VITUPERIO; porque ni se practica la religión, ni se cumplen las leyes, NI SE OBSERVA LA ORDENANZA MILITAR; manchando todas las conciencias los vicios más repugnantes, vicios tanto más detestables cuanto que sobresalen en los que forman los tribunales, o ejercen autoridad, o pretenden ser adorados”.

Más adelante, (Pág. 162) vuelve a insistir en esto mismo:

“No sé si debo figurar yo mismo entre los que se equivocan al elogiar tanto en este libro los tiempos de los antiguos romanos y al censurar los nuestros; Y CIERTAMENTE SI NO FUESEN TAN CLARAS COMO EL SOL LAS VIRTUDES QUE ENTONCES IMPERARON Y LOS VICIOS QUE AHORA REINAN, sería más parco en mis afirmaciones, temeroso de incurrir en el mismo error que en otros advierto; pero siendo la cosa tan evidente, me travesé a decir con toda claridad lo que pienso de aquellos y de estos tiempos, PARA QUE LOS JOVENES LECTORES DE MIS ESCRITOS PUEDAN ABOMINAR LOS ACTUALES y disponerse a imitar los antiguos, si las vicisitudes de la fortuna les dan ocasión de ello; porque es deber de hombre honrado ENSEÑAR A LOS DEMAS EL BIEN QUE POR LA MALIGNIDAD DE LOS TIEMPOS y de su suerte no ha podido realizar. Acaso siendo muchos los capaces de hacerlo, alguno más amado del cielo pueda ejecutarlo”.

Después de leer los conceptos anteriores parece imposible re-

(1) Maquiavelo Nicolás, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo I, Pág. 161.

conocer como autor de éstos al Maquiavelo diabólico, representante de las maldades de su época, e incluido en el índice de libros prohibidos que durante tanto tiempo han presentado sus autores biográficos.

Estas ideas no las trata de una manera ligera sino que insiste en ellas con mucha frecuencia y asegura que sus obras son el resultado de su larga experiencia. En la dedicatoria a Zanobi Buondelmonti y a Cosme Rucellai de **Los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio** lo expresa con las siguientes palabras: (1)

“Os envié un regalo que, si no corresponde a mis obligaciones con vosotros, es el mejor que puede haceros Nicolás Maquiavelo, pues en él he expresado **CUANTO SE Y APRENDI EN LARGA PRACTICA Y CONTINUA ENSEÑANZA DE LAS COSAS DEL MUNDO.**

También en el prólogo del Libro Primero de esta misma obra hace patente la desorganización que imperaba en Italia durante el Siglo XV y con él parece adivinar la incomprensión y censura de sus contemporáneos a pesar de lo cual espera que quizás en el futuro surja algún redentor: (2)

“Aunque por la natural envidia de los hombres haya sido siempre tan peligroso descubrir nuevos y originales procedimientos como mares y tierras desconocidos, **POR SER MAS FACIL Y PRONTA LA CENSURA QUE EL APLAUSO** para los actos ajenos, sin embargo, dominándome el deseo que siempre tuve de ejecutar sin consideración alguna **LO QUE JUZGO DE COMUN BENEFICIO**, he determinado entrar por vía que, no seguida por nadie hasta ahora, me será difícil y trabajosa; pero creo me proporcione la estimación de los que benignamente aprecien mi tarea.

Si la pobreza de mi ingenio, mi escasa experiencia de las cosas presentes y las incompletas noticias de las antiguas hacen esta tentativa defectuosa y no de grande utilidad, al menos enseñaré el camino a alguno que con más talento, instrucción y juicio realice lo que ahora intento, por lo cual, si no consigo elogio, tampoco mereceré censura.

Cuando considero la honra que a la antigüedad se tributa, y cómo muchas veces, prescindiendo de otros ejemplos, se compra por gran precio un fragmento de estatua antigua para adorno y lujo

- (1) Maquiavelo Nicolás, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo I, Pág. 1.
- (2) Maquiavelo Nicolás, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo I, Pág. 3.

de la casa propia y para que sirva de modelo a los artistas, quienes con grande afán procuran imitarlo; y cuando, por otra parte veo los famosos hechos que nos ofrece la historia realizados en los reinos y las repúblicas antiguas por reyes, capitanes, ciudadanos, legisladores, Y **CUANTOS AL SERVICIO DE SU PATRIA DEDICABAN SUS ESFUERZOS**, ser más admirados que imitados o de tal suerte preteridos por todos que apenas queda rastro de la antigua virtud; **NO PUEDO MENOS DE MARAVILLARME Y DOLERME**, sobre todo observando que en las cuestiones y pleitos entre ciudadanos, o en las enfermedades que las personas sufren, siempre acuden a los preceptos legales o a los remedios que los antiguos practicaban. Porque la leyes civiles no son sino sentencias de los antiguos juriconsultos que, convertidas en preceptos, enseñan como han de juzgar los juriconsultos modernos, ni la medicina, otra cosa que la experiencia de los médicos de la antigüedad, en la cual fundan los de ahora su saber.

Mas para ordenar las repúblicas, mantener los Estados, gobernar los reinos, organizar los ejércitos, administrar la guerra, pactar la justicia, engrandecer el imperio, no se encuentran ni soberanos, ni repúblicas, ni capitanes, ni ciudadanos que a c u d a n al ejemplo de la antigüedad; lo que en mi opinión procede, no tanto de la debilidad producida **POR LOS VICIOS DE NUESTRA ACTUAL EDUCACION**, ni de los males que el ocio orgulloso ha ocasionado a muchas naciones y ciudades cristianas, como de no tener perfecto conocimiento de la historia o de no comprender al leerla, su verdadero sentido ni el espíritu de sus enseñanzas”.

Maquiavelo tenía razón al quejarse de la debilidad política de Italia que era entonces un conglomerado de ciudades y regiones independietes unas de otras, algunas de ellas en poder de príncipes extranjeros. Las ciudades-repúblicas italianas debían su preponderancia al comercio e hicieron que su influencia económica y financiera pesara en los asuntos mundiales.

Manifestábase gran riqueza en grandiosas obras de arte; iglesias y palacios eran decorados y ornamentados magníficamente, el mobiliario y el vestido se convirtieron en objetos de lujo y el arreglo personal con sus pinturas, pelucas, perfumes y afeites daba lugar a reproches en los sermones de Savanarola. Esta gran magnificencia se mostraba también en la Iglesia, la que abandonaba cada vez más el terreno espiritual y tomaba caracteres mundanos para aumentar así su poder político, interviniendo de esta manera en las complejas relaciones internacionales de la época.

En Italia los acontecimientos carecían de control y dirección;

en Florencia se sucedían continuamente diversas formas de gobierno sin que ninguna diera los resultados deseados. En el año de 1497 Maquiavelo vió abolidas las instituciones de los Médicis y el nombramiento de un gobierno provisional; la intervención de Savonarola con su grande influencia política, ayudaba a la elaboración de un gobierno popular que fuera copia del veneciano, el que una vez establecido también se derrumbó en 1512 al ser restaurado el poder de los Médicis.

Jacob Burckhardt (1) dice que es Florencia donde hay mayor riqueza de formas evolutivas "predominio de la nobleza, tiranía, lucha de las clases medias con el proletariado, democracia perfecta, semidemocracia y democracia aparente, primacía de una Casa, teocracia (con Savonarola), y aún aquellas formas mixtas que prepararon el despótico principado de los Médicis".

Toda Italia conocía su falta de unidad política y su debilidad militar pero ningún Estado italiano, ni aún Venecia o el Papa, era suficientemente fuerte para realizarla por sí sólo y como no querían unirse y sacrificar la independencia que tenían entre sí, preferían acudir a Francia, a Alemania y a veces hasta al Gran Turco para equilibrar el poder de todas las ciudades de la Península.

Es en esta época cuando se realiza la objetivación de la naturaleza y se estudian las relaciones que existen entre ésta y el hombre y Maquiavelo llega aún más allá al ver al Estado objetivamente.

No obstante que puede considerarse a Maquiavelo como un patriota, Burckhardt así lo afirma (2) "Es, ante todo, un patriota en el más estricto sentido de la palabra..."; el amor que profesaba a su Estado se manifiesta más intenso en algunas ocasiones que el que tuvo por Italia; los ultrajes que Florencia recibió de los Estados más fuertes que ella hicieron olvidar a Maquiavelo sus aspiraciones de unidad y le obligaron a manifestar un odio profundo contra Venecia y Pisa, lo cual ha sido obstáculo para que muchos le consideren como precursor de la unidad política de Italia.

Pero si en el año de 1500, durante la legación que desempeñó en Francia, aconsejó al Cardenal de Rohan la manera de tener desunidos a los italianos, esto era cosa común a todos por el temor general de los Estados débiles a aquellos más fuertes y por los odios profundos que existían entre ellos, mas en todas sus obras hace patente su admiración profunda a la grandeza del antiguo imperio romano, al estudio de sus instituciones y al análisis crítico del pre-

(1) Burckhardt, Jacob, *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Pág. 73.
(2) Burckhardt, Jacob, *La Cultura del Renacimiento en Italia*, Pág. 76.

sente tanto en los Estados como en las formas de gobierno que conocía.

Maquiavelo inició su intervención en la política a los treinta años, cuando en 1498 se le envió a dirigir los negocios de la Segunda Cancillería y se le nombró Secretario del Consejo de los Diez de la Libertad y Paz. Las funciones de ambos cargos eran difíciles y se referían especialmente a las relaciones exteriores de la República de Florencia; era mal retribuido y en todas las legaciones que desempeñó tuvo dificultades por falta de dinero; además, sólo se le nombraba Secretario o Consejero de otro, o bien, iba únicamente a preparar el camino a cualquier otro, enviado ya como Embajador u Orador.

Maquiavelo fue un empleado en quien pudo confiarse, pero su origen humilde y su escasa fortuna probablemente le impidieron asumir el título de Orador o Embajador de la República. Se le llegó a estimar por sus méritos personales y a pesar de la inestabilidad del gobierno, siempre permaneció fiel a Florencia y a sus gobernantes.

La derrota de Francia trajo como consecuencia el cambio de gobierno en Florencia y Maquiavelo fue destituido por un decreto del ocho de noviembre de 1512, votado por unanimidad; otro, del 17 de noviembre, le impedía la entrada en la Cancillería y hubo de dar una fianza de mil libras para cumplir con la disposición del destierro por un año.

A los cuarenta y tres años de edad, al ver que el gobierno de Florencia se derrumbaba y que él no podía actuar en el nuevo régimen, trató de intervenir en éste y evitar la ruina de su ciudad por medio de las letras. Maquiavelo fue objeto de muchos agravios y ofensas a su persona, no sólo tuvo que vivir en su retiro y bajo fianza sino que además fue puesto en prisión. A pesar de esto trató de manifestarse amigo de aquel régimen y escribió dos sonetos a Juan de Médicis en los que imploró piedad; veía la ruina inmediata de su Estado y trataba de encontrar remedio para él y para toda Italia. (1)

"La patria debe ser siempre defendida, sea con ignominia, sea con gloria, porque de cualquier modo la defensa es indispensable.

Este suceso debe tenerlo en cuenta todo ciudadano que se encuentra en el caso de aconsejar a su patria, porque cuando hay que

(1) Maquiavelo Nicolás, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo I, Libro III, Cap. XLI, Pág. 398.

resolver acerca de su salvación no cabe detenerse por consideraciones de justicia o de injusticia, de humanidad o de crueldad, de gloria o de ignominia. ANTE TODO Y SOBRE TODO, lo indispensable es salvar su existencia y su libertad”.

Y en otro capítulo del mismo libro: (1)

“El amor a la patria debe hacer olvidar a un buen ciudadano las ofensas privadas”.

Es así como en este período preparó sus inmortales obras que le hicieron destacarse como escritor político de primer orden; tales son **Los Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio y De Principatibus** llamado después **El Príncipe**. Pueden considerarse ambos tratados como partes de un mismo estudio sobre la vida política de varios pueblos, estudio que se continúa con **El Arte de la Guerra, Relación sobre las cosas de la Magna, Discursos sobre las cosas de la Magna y sobre el Emperador, Retratos sobre las cosas de Alemania y Descripción de Francia**.

En el Capítulo II de **El Príncipe** hace notar que el tema de la obra ha de ser el examen sobre la posibilidad de gobernar y conservar los principados ya que en otra, **Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio** ha discurrido largamente sobre las repúblicas.

Al tratar dicho asunto en los **Discursos**, considera en ellos el régimen interior del Imperio Romano, la forma como éste ensancho sus dominios, aquellos hechos más notables de los ciudadanos romanos que cree son dignos de imitarse, las causas de la grandeza del Imperio y lo que ocasionó su decadencia. Y al hacerlo vuelve constantemente la mirada a Italia y en especial a Florencia para insistir en la falta de virtudes de sus ciudadanos, en los defectos de su constitución, en hacer patente la debilidad de los Estados de la Península y en destacar todos sus males, entre ellos, de una manera especial, la falta de organización militar. Estos defectos los expone con mayor realismo “Para que una vez diagnosticado el mal pueda efectuarse la curación”. Sin embargo, con posterioridad, los mismos males de que se quejaba se le atribuyeron a él mismo y lo presentaron como modelo de perversidad, como corruptor de costumbres y aún como resultado y prototipo de la corrupción moral renacentista; sin alcanzar a ver en él al hombre idealista, al que se había visto defraudado y engañado al creer en las palabras de Catalina Sforza, al que veía como Italia era presa de Suiza, Alemania, Francia y España; y aún más, al que contemplaba cómo Florencia tenía que comprar su libertad pagando continuas sumas de dinero a Francia.

(1) Maquiavelo Nicolás, *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ed. Navarro D. Luis, Madrid 1924, Tomo I, Libro III, Cap. XLVII, Pág. 407.

Lo esencial en él era organizar a Italia para que tuviera suficiente poder y fuerza y así pudiera evitar que ésta fuera botín de las demás potencias. En las ideas que vierte en sus obras se manifiesta un elevado y noble criterio de bien público; muchas de sus normas de conducta para los gobernantes no son fines sino medios para crear un reino, mantenerlo, aumentar su poderío y defenderlo contra los demás, ya que ha experimentado que nadie tiene ideas generosas y buenas en bien de los otros. Esta era la situación de Florencia, la que tenía que acudir a Francia para no ser presa de César, de Venecia o de cualquiera de las otras potencias más fuertes que ella. Los medios para llegar a este fin no le importaban; principado o república son para Maquiavelo igualmente útiles.

Como ya se dijo, en el análisis que hace no se reduce a hacer observaciones sobre Italia y comparaciones de ésta con el Imperio Romano sino que compara la organización de éste con la de aquellos reinos que él conocía, para después, hacer notar las virtudes antiguas que habían pasado a ellos y que creía dignas de imitarse, así como también los defectos en que habían incurrido, de los cuales había de cuidarse Italia.

Durante su época de actividad como diplomático se le encargó ir a la corte del Emperador, quien se encontraba en Bolsano (enero de 1508). Con anterioridad ya se había despachado a Francisco Vettori como Orador de la República pero Soderini desconfió de él y en diciembre envió a Maquiavelo a la Corte Imperial, aunque a las órdenes del primero. El 6 de julio de 1508 Maquiavelo pudo volver a Florencia en donde se dedicó a escribir tres trabajos muy pequeños sobre las observaciones hechas durante su legación. Se dió cuenta de los defectos y de la falta de poder de Maximiliano, el cual se había visto obligado a firmar una tregua de tres años con los venecianos.

Todo esto lo expone en **LA RELACION SOBRE LAS COSAS DE LA MAGNA, en DISCURSOS SOBRE LAS COSAS DE LA MAGNA Y SOBRE EL EMPERADOR** que escribió un año después y en **RETRATOS SOBRE LAS COSAS DE ALEMANIA** que publicó dos años más tarde.

Basa sus relatos en las comunidades agrícolas de Alemania; la Alemania de las ciudades ni la visitó, ni la trató. En lo que conoció de este Reino vió su ideal de vida colectiva, modesta y fuerte, y pudo ponerla como ejemplo porque sabía que en aquel momento Alemania no estaba capacitada para dañar a Italia debido a sus condiciones internas e internacionales.

En el primer trabajo comenta el fracaso de los proyectos del Emperador y explica sus causas; hace observaciones sobre la or-

ganización militar de este país, de donde concluye que su poder no es muy grande. (1)

"De lo dicho se deduce que el poder de Alemania no es grande y resulta poco útil al Emperador".

En los **DISCURSOS SOBRE LAS COSAS DE LA MAGNA Y SOBRE EL EMPERADOR** insiste en las virtudes y defectos de Maximiliano y los **RETRATOS SOBRE LAS COSAS DE ALEMANIA** son reproducción de la **RELACION SOBRE LAS COSAS DE LA MAGNA** con algunas ampliaciones.

Se dió cuenta de que en Alemania no había unión política, de la enemistad que existía entre suizos y alemanes, entre las ciudades y los príncipes y entre éstos y el Emperador. (2) Los príncipes, —decía, no se oponen al Emperador con guerras pero sí dejando de ayudarle, así, los que no se atreven a suscitarle guerras se atreven a negarle auxilio, y los que temen negárselo, no cumplen lo que prometen o lo cumplen ya cuando es ineficaz.

En cuanto Maximiliano, vuelve a insistir "... si fuera más económico y de carácter más firme, es opinión general que en todo sería afortunado". (3)

Este informe fue hecho el 17 de junio de 1508 y se publicó a mediados del Siglo XVIII.

En la **Descripción de Francia** (Ritratti delle cose di Francia) juzga buenos la administración de ese reino y el arma de caballería, en tanto que de la infantería dice que está compuesta de elementos viles.

De Suiza admira el régimen cantonal y el servicio militar obligatorio que preparaba a los ciudadanos para la defensa de la patria.

Lo que vé en cada uno de estos reinos; Suiza, Francia y Alemania son las relaciones que tienen éstos y sus habitantes con Italia.

Otra obra de gran interés es **El Arte de la Guerra**, publicada en Florencia el 16 de agosto de 1521, siendo Papa León X.

Maquiavelo, que había sostenido durante toda su vida el servicio militar obligatorio y estudiado la organización militar de los diversos reinos en las obras ya mencionadas, después de señalar

(1) Maquiavelo Nicolás, *Descripción de Alemania*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo II, Pág. 321.

(2) Maquiavelo Nicolás, *Descripción de Alemania*, Pág. 331.

(3) Maquiavelo Nicolás, *Informe sobre los asuntos de Alemania*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo II, Pág. 333.

los errores y cualidades de cada uno de ellos quiere que se vuelva a la antigüedad pero aprovechando los ejemplos y adelantos de su tiempo, sobre todo aquéllos que han proporcionado buenos resultados prácticos.

Veía que una de las causas más importantes de la debilidad de Italia era la falta de ejércitos propios y durante toda su vida tuvo la ilusión de crearlos mediante el servicio militar obligatorio. En relación con esta misma actividad escribió también dos **Ordenanzas**; una para la infantería y otra para la caballería, y concurrió como Secretario a la creación de la Comisión de los Nueve; mas como Italia no estaba aún preparada para eso, fracasó en sus intentos y quedó sólo como precursor en la realización de su idea.

* * *

El Príncipe es la suma de las experiencias de Maquiavelo de 1498 a 1512 y lo escribió obligado por las circunstancias; es el llamado a un Príncipe para que salve y gobierne a Italia o al menos a parte de los Estados Italianos. En el último capítulo, casi en su totalidad se ve cuán importantes son las ideas que en él vierte y la ansiedad con que clama por un salvador. (1)

"Meditando en cuanto he dicho y discuriendo si los tiempos actuales son a propósito para que un príncipe nuevo, prudente y virtuoso estableciera nuevas instituciones, honrosas para él y buenas para la generalidad de los hombres, entiendo que concurren tantas cosas en su favor, que difícilmente podrá realizarse en época más oportuna. Y si era necesario, como antes dije, para apreciar las dotes de Moisés que el pueblo de Israel estuviera esclavo en Egipto; para conocer la grandeza de ánimo de Cyro que los medos oprimieran a los persas, y para estimar las excelentes condiciones de Teseo, la dispersión en que estaban los atenienses; así al presente para aquilatar el valor de un genio italiano era indispensable que Italia llegase a la triste situación en que se encuentra, siendo más esclava que los hebreos, más sierva que los persas, estando más dispersos sus habitantes que los atenienses; sin jefe, sin organización, batida, saqueada, destrozada, pisoteada, sufriendo toda clase de calamidades. Y aunque al principio pudo esperarse que alguno estaba destinado por Dios para su redención, vióse después que en la mitad de su camino le abandonaba la fortuna, de modo que, casi exánime, espera quien la cure las heridas, ponga término a los saqueos y robos de Lombardía, Nápoles y Toscana, y la libre de las plagas que há tanto tiempo sufre.

(1) Maquiavelo Nicolás, *El Príncipe*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, tomo 2, Cap. XXVI, Pág. 94.

Contémplesse esta desdichada Italia rogando a Dios que le envíe alguno capaz de redimirla de la cruel insolencia de los bárbaros. Véase la resuelta a seguir una bandera con tal que haya quien la enarbole.

Pero de nadie más que de vuestra ilustre Casa, tan favorecida por Dios y por la Iglesia, cuya dirección tiene ahora en sus manos, y que posee las virtudes y sabiduría indispensables para las grandes empresas, puede esperar Italia su redención. **NO LE SERA DIFÍCIL LOGRARLA ESTUDIANDO LA VIDA Y ACCIONES DE LOS GRANDES HOMBRES CITADOS, PORQUE** si estos hombres extraordinarios no aparecieron con frecuencia, al fin fueron hombres, y cualquiera de ellos tuvo ocasión menos propicia que la actual. No ha habido nunca empresa más justa ni más fácil, NI A NADIE COMO A VOS HA PROTEGIDO DIOS. Toda guerra es justa cuando es necesaria, y es legítima la apelación a las armas cuando éstas son el postrer recurso de un pueblo. Las circunstancias son por demás favorables, y cuando la ocasión es oportuna, la dificultad no es grande, siempre que se sigan los ejemplos que, para tales casos, he citado...

No es de admirar que alguno de los italianos antes citados no haya podido realizar lo que debe esperarse de vuestra ilustre Casa. Si en tantas revoluciones y en tantas guerras como ha sufrido Italia parece aniquilado el valor militar de los italianos, es porque la organización de los ejércitos antiguos no era buena y ninguno ha sabido reformarla. **LO QUE MAS FAMA DA A UN PRINCIPE NUEVO SON LAS LEYES E INSTITUCIONES QUE ESTABLECE.** Cuando están bien fundadas y responden a grandes necesidades, le hacen digno de toda consideración y respeto; y no faltan cosas que reformar en Italia, porque si la masa de la población es vigorosa, carece de buenos jefes. En desafíos y en contiendas y debates entre pocos la superioridad de los italianos en fuerza, destreza e ingenio, es notoria; pero, formando ejércitos, para poco o nada sirven, lo cual es culpa de los jefes. Los generales que saben su profesión, y todos creen saberla, son desobedientes, salvo el caso de aparecer alguno tan famoso por su valor y fortuna que los demás se crean obligados a obedecerle. De aquí que, en tantas guerras habidas en Italia durante los últimos 20 años, los ejércitos formados exclusivamente de italianos siempre han probado mal. Así lo demuestran primero la batalla del Taro; después las de Alejandría, Capua, Génova, Vaila, Bolonia y Mestri.

Si, pues, vuestra ilustre Casa quiere seguir las huellas de los hombres célebres que redimieron a su patria, le es ante todo indispensable organizar un ejército nacional que sea sólido fundamento para cualquier empresa, porque no es posible que haya mejores

ni más fieles soldados; con la particularidad de que siendo cada uno de ellos bueno, todos juntos serán excelentes cuando vean que los manda, mantiene y recompensa su príncipe.

En seguida habla de la infantería suiza y de la española y asegura que no son nuevas armas lo que necesita sino mejor organización y nuevamente insiste en pedir con gran vehemencia la ayuda que pueda salvar a Italia. (1)

"No debe perderse esta ocasión de que Italia, al cabo de tanto tiempo, vea aparecer su redentor. Imposible me es decir con cuánto amor, con cuánta efusión le recibirán en todas las provincias que han sufrido las irrupciones extranjeras; cuánta será su sed de venganza, cuán obstinada su fidelidad, cuán abundantes sus lágrimas de agradecimiento. ¿Qué puerta se le cerrará? ¿Qué pueblo le negará la obediencia? ¿Qué envidioso le opondrá dificultades? ¿Qué italiano rehusará obedecerle?"

A todos hiede esta dominación de los bárbaros. Acometa, pues, vuestra ilustre Casa esta empresa con el ánimo y la esperanza con que se emprenden todas las que son justas, **A FIN DE QUE A LA SOMBRA DE SU BANDERA SE ENNOBLEZCA NUESTRA PATRIA**, y bajo sus auspicios se realice aquel dicho de Petrarca:

Virtu contra furore
Prendera l'arme; e fia 'l eombatter corto:
che l'antico valore
Negli'italici cor non e ancor morto".

Este capítulo no está aislado de los demás sino que forma parte del contenido de todo el tratado en él que establece la conducta que debe seguir el Príncipe, los errores de que debe cuidarse, las acciones que ha de imitar para tener éxito en la expulsión de los bárbaros, ya que **las circunstancias son por demás favorables.**

Las leyes y los ejércitos le preocupan constantemente, en el Capítulo XII dice: (2) "Las principales bases de todos los Estados, nuevos, antiguos o mixtos, son las buenas leyes y los buenos ejércitos; y como no puede haber buenas leyes donde no haya buenos ejércitos, y dónde éstos existen aquellas también, no hablaría ahora de las leyes sino de las tropas".

Además de las buenas leyes, buenas armas y buenos ejemplos, exige Maquiavelo la renuncia del Príncipe y de los ciudadanos

- (1) Maquiavelo Nicolás, *El Príncipe*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo II, Pág. 98.
- (2) Maquiavelo Nicolás, *El Príncipe*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo II, Pág. 44.

obligados por éste, por las leyes y aún por la fuerza a sus intereses privados para atender a aquéllos que benefician a la colectividad.

Maquiavelo escribió *El Príncipe* en 1513 y al creer ver una esperanza de salvación para Italia en la favorable situación que se le presentó a Lorenzo de Medicis. Maquiavelo no conocía a este miembro de tan poderosa familia y por tanto ignoraba que era una nulidad y que estaba incapacitado para acometer tal empresa. Sin embargo, la situación en que se encontraba le era en verdad favorable, podía contar con el apoyo del Papa porque Giovanni de Medicis ocupaba el trono pontificio desde ese mismo año; a su vez podía tener el apoyo del Rey de España y del Emperador Maximiliano por contar el Papa con su amistad. Si Lorenzo no comprendió su favorable situación y la oportunidad que se le presentaba, Maquiavelo si la captó inmediatamente, sin perder más tiempo reunió sus observaciones y al cabo de tres meses presentó su *inmortale Príncipe*.

En este libro y en las obras antes examinadas Maquiavelo no sólo observó la situación de Italia sino también las de los demás pueblos por él conocidos, pero al referirse a cada uno de ellos no lo hace de la misma manera. Sabía que había pueblos que estaban imposibilitados para apoderarse de Italia y conocía también las oportunidades que tenía Francia para hacerlo y el poder de Fernando el Católico para terminar con las ambiciones francesas.

También Alemania tenía pretensiones sobre algunas ciudades italianas que le habían sido arrebatadas por Venecia pero a pesar de la obstinación de Maximiliano por recobrarlas, Maquiavelo había ya observado que esto no era fácil porque el poder no estaba centralizado en el Emperador y éste tenía dificultad para obtener la ayuda de las ciudades. Así, en la *Descripción de Alemania* lo expresa de la siguiente manera: (1)

"Las ciudades imperiales saben que la conquista de Italia no sería para ellas, sino para los príncipes, porque éstos pueden venir a disfrutarla personalmente y aquéllos no, por lo cual, siendo desiguales las ventajas de la campaña, es también desigual la voluntad para tomar parte en ella. Estas encontradas opiniones ocasionan que no se pueda pronosticar lo que al fin sucederá".

De Francia e Inglaterra dice: (2)

"...Francia está bien armada, ejercitada y unida, perteneciendo al Rey de los Estados que servían de apoyo a los ingleses

(1) Maquiavelo Nicolás, *Descripción de Alemania*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo II, Pág. 335.

(2) Maquiavelo Nicolás, obra citada, Pág. 343.

para sus invasiones, cuales eran los ducados de Bretaña y de Borgoña; en cambio los ingleses no están aguerridos, viviendo hace tanto tiempo sin guerra, que los hombres actuales no han visto la cara al enemigo".

Pero si al referirse a estos pueblos puede indicar de manera espontánea y directa los puntos en los cuales residen su fuerza y poderío, es porque también tienen puntos débiles, en tanto que al enfrentarse a España y a su Rey Fernando V, ante quienes siente un profundo odio y no menor admiración, lo hace a cada momento, pero en forma indirecta y velada la mayor parte de las veces. Al final del Capítulo XVIII que trata del modo como los príncipes deben guardar la fe prometida y cuyo contenido ha sido causa de severas censuras para Maquiavelo, refiérese a Fernando V cuando dice: (1)

"Algún Príncipe de los actuales que no conviene nombrar, predica continuamente paz y lealtad, y no hay mayor enemigo de ambas cosas; tanto que, de haberlas respetado, ya en muchas ocasiones hubiese perdido su reputación y sus Estados".

Este sentimiento de odio y de temor se debían al enorme poderío y fuerza de que gozaba el reino español mediante el magnífico reinado de Fernando V y a las ofensas que los italianos habían recibido de ellos, estando, por otra parte, imposibilitados para vengarse o para evitar en el futuro ser nuevamente víctimas de ellos.

Tenia Maquiavelo motivos para odiar a España por el saqueo de Prato; en su afán por organizar la milicia en Italia, había escrito las *Ordenanzas para la caballería* y no obstante sus múltiples esfuerzos por formar un gran ejército compuesto de 16,000 hombres, éste no pudo detener el avance de los españoles y quedó inmovilizado cerca de Florencia.

Otro motivo más poderoso aún, consistía en el dominio que tenía España en el Mediterráneo y particularmente la posesión del Reino de Nápoles que ya había arrebatado a los franceses.

Antes del reinado de Fernando el Católico la política de los reinos de la Península Ibérica se refería solamente a la realización de la reconquista y a asuntos y disturbios de orden civil pero ninguno de estos reinos peninsulares ejercía marcada influencia en la política internacional, en tanto que en la época de Maquiavelo, terminada ya la reconquista, había podido efectuarse la unión política de casi todos los reinos antes independientes y además se había extendido el poder de España en gran parte del Mar Mediterráneo y en las lejanas y desconocidas tierras del Atlántico.

(1) Maquiavelo Nicolás, *El Príncipe*, Cap. XVIII, Pág. 66.

Si con posterioridad a su tiempo se ha oscurecido la personalidad de Fernando el Católico para hacer resaltar la de la Reina y se han atribuido a ella y a sus consejeros los hechos políticos de más trascendencia realizados durante el reinado de ambos, Maquiavelo no tenía este criterio sino que reconocía los méritos del Rey. En la *Descripción de Alemania* al discurrir sobre el carácter de Maximiliano, compara a éste con don Fernando y alaba el genio del español. (1)

“SI EL EMPERADOR TUVIERA EL GENIO DEL REY DE ESPAÑA, sería al poco tiempo tan grande su poder, que todas las empresas las realizaría con buen éxito, pues con una renta de ochocientos a novecientos mil florines y la facilidad de reunir y armar considerables ejércitos en el país, podría atacar de improviso a otros pueblos sin dejarles tiempo para prepararse a la guerra”. “Añádase a esto la reputación que le da el tener por sobrinos al Rey de Castilla, al Duque de Borgoña y al Conde de Flandes, y su alianza con Inglaterra, todo lo cual, bien empleado, le sería de gran provecho y sus proyectos relativos a Italia los ejecutaría sin obstáculo. Pero con tan cuantiosas rentas nunca tiene dinero, y lo que es peor, no se sabe en qué las gasta”.

En el Capítulo XXI del *Príncipe* lo elogia también y hace la siguiente síntesis y crítica de su obra: (2)

“Ninguna cosa le granjea más estimación a un príncipe que las grandes empresas y las acciones raras y maravillosas. De ello nos presenta nuestra Era un admirable ejemplo en Fernando V, Rey de Aragón, y actualmente menorca de España. Podemos mirarle casi como a un príncipe nuevo, porque de rey débil que él era, llegó a ser, por su fama y gloria, el primer rey de la cristiandad. Pues bien, si consideramos sus acciones las hallaremos todas sumamente grandes y aún algunas nos parecerán extraordinarias. Al comenzar a reinar asaltó el reino de Granada, y esta empresa sirvió de fundamento a su grandeza. La había comenzado, desde luego, sin pelear ni miedo de hallar estorbo en ello, en cuanto su primer cuidado había sido tener ocupado en esta guerra el ánimo de los nobles de Castilla. Haciéndolos pensar incensantemente en ella, los distraía de discurrir en maquinan innovaciones durante este tiempo; y de este modo adquiría sobre ellos, sin que lo echasen de ver, mucho dominio y se proporcionaba una suma estimación. Pudo, en seguida, con el dinero de la Iglesia y de los pueblos, mantener ejércitos y formarse, por medio de esta larga guerra, una

buena tropa, que acabó atrayéndole mucha gloria. Además, alegando siempre el pretexto de la religión para poder ejecutar mayores empresas, recurrió al expediente de una crueldad devota; y echó a los moros de su reino, que con ello quedó libre de su presencia. No puede decirse cosa ninguna más cruel, y juntamente más extraordinaria, de lo que él ejecutó en esta ocasión. Bajo esta misma capa de religión, se dirigió después de esto contra el Africa, emprendió su conquista de Italia y acaba de atacar recientemente a la Francia. Concertó siempre grandes cosas que llenaron de admiración a sus pueblos, y tuvieron preocupados sus ánimos con las resultas que ellas podían tener”.

Aún hizo engendrarse sus empresas en tanto grado más por otras, que ellas no dieron jamás a sus gobernados lugar para respirar ni poder urdir ninguna trama contra él”.

Cuando Maquiavelo presenta a César Borgia como modelo que reunía las cualidades que debe tener un Príncipe, César no podía ocasionar ya ningún daño a Florencia porque habían dejado de existir él y su supuesto padre. En una legación desempeñada en 1502 Maquiavelo había tenido ocasión de conocer de cerca a César, pues éste había ocupado parte del territorio de la República de Florencia y viéndose ésta en peligro a pesar de contar con el apoyo de Francia, mandó en misión conciliadora a Francisco Soderini, y a Maquiavelo como Secretario de éste.

Si Maquiavelo hubiera deseado que César, o Alejandro VI por medio de César, siguieran adelante en sus conquistas de ciudades italianas, hubiera encontrado la ocasión propicia para escribir su *Príncipe* en la época de apogeo de éstos, pero entonces censuró la conducta de ellos y temió por Florencia y para elogiarlo esperó hasta 1513 no porque hubiera olvidado ya las ofensas anteriores o porque hubiera cambiado de opinión respecto a ellos, sino porque en ese momento no podían hacerle ningún daño.

Alejandro VI, que fue quien apoyó a César, tuvo origen español, no era de los italianos que tenían que lamentar su situación política sino de aquellos ultramontanos, poderosos en Italia, a los que se refería el escritor florentino cuando decía que ninguno que viviera en Italia y que no fuera en ella extraño podía considerarse feliz. A pesar de esto, pasa por alto tales pormenores y lo alaba porque la ocasión que se les presentaba a Julián y a Lorenzo de Médicis era semejante en todo a aquella que había permitido a César escalar rápidamente el camino de la fama al realizar una serie de conquistas fáciles en la Península Italiana. Como César, contaban con el apoyo del Papa, ya que en ese tiempo ocupaba el pontificado Giovanni de Médicis con el nombre de León X, con el

(1) Maquiavelo Nicolás, *Descripción de Alemania*, Ob. Políticas, T. II, Pág. 328.

(2) Maquiavelo Nicolás, *Descripción de Alemania*, Ed. Navarro, D. Luis, Madrid 1924, Tomo II, Pág. 328.

del Rey de España que estaba en buenas condiciones con el Pontífice y con el del Rey francés.

Sin embargo, en el análisis que hace de las cualidades que debe reunir el Príncipe, de las maneras como puede llegarse al principado, de cómo éste debe organizarse y de la política que debe seguir tanto con los suyos como con los extraños, vuelve con más frecuencia su mirada hacia el Rey Católico que hacia César.

Si como en el caso de César, el peligro ante don Fernando hubiera terminado, probablemente lo hubiera llamado, como lo hizo después el Padre Gracián, "maestro en el arte de reinar", poniéndolo como ejemplo a todos los príncipes que habían de seguir a la época de su reinado. (1)

"Opongo un rey a todos los pasados; propongo un rey a todos los venideros. Don Fernando el Católico, aquel gran maestro en el arte de reinar, el oráculo mayor de la razón de Estado".

* * *

Fernando V nació en Sos, villa del reino de Aragón en los confines de Navarra el 10 de marzo de 1452; pero a pesar de haber nacido en territorio aragonés pertenecía a la rama castellana de Trastámara, que había ido heredando por tres generaciones los reinos de Aragón, Valencia y Cataluña por falta de descendencia del rey don Martín y en virtud del Compromiso del Caspe. Los cuatro reyes de esta rama, no obstante que habían aceptado el gobierno de dichos reinos, se sentían desterrados en ellos y mostraban marcadas tendencias a intervenir en el gobierno de Castilla, al que no había tenido derecho Fernando el de Antequera por haber sido hijo segundo. Una de las manifestaciones de la atracción entre los dos reinos es la serie de matrimonios efectuados entre los hijos de Fernando de Antequera y la familia real castellana.

Pero Fernando el Católico no sólo tenía origen castellano por su padre, sino que su madre, Juana Enriquez, era hija del Almirante de Castilla Don Fadrique Enriquez y como los derechos de Doña Isabel al trono no eran absolutos sino muy discutidos por los que alegaba la Infanta Doña Juana conocida por la Beltraneja, hubo quienes pensaron que tenía más derechos Fernando que Isabel, declarada por Enrique IV como su heredera y sucesora en el Tratado de los Toros de Guisando (1468).

Fernando I de Aragón, abuelo del Rey Católico, y Enrique III

(1) Baltasar Gracián, *El Político*, Obras Completas, publ. por don Vicencio Juan de Lastanosa, 1640, Tomo I, Pág. 45.

de Castilla, abuelo de la Reina Isabel, eran hermanos, por tanto Fernando e Isabel eran primos segundos entre sí y con su matrimonio quedaban aunados los derechos de uno y otro.

Así como Italia estaba dividida en varias ciudades, España, en el Siglo XV, era un conjunto de reinos independientes, separados unos de otros por la organización política, por la geografía, por la variedad de razas debido a las numerosas invasiones que había sufrido la Península, y aún por las religiones, porque era diferente la que profesaban los moros, la de los judíos y la de los cristianos. Entre los musulmanes existían también profundas diferencias por las constantes corrientes que llegaban a España procedentes del Africa.

A fines del Siglo XV existían en la península como reinos independientes el de Aragón con Valencia y Cataluña; el de Navarra; el de Castilla con León; Granada y Portugal.

Aragón se veía obligado a luchar para no desintegrarse por los conflictos surgidos por la conducta que Juan II adoptó ante su hijo el Príncipe de Viana.

Juan II de Aragón había contraído matrimonio con Blanca de Navarra y el heredero de este reino con los señoríos de Corella y Peralta era su hijo Carlos, Príncipe de Viana, quien debería heredar también los reinos que gobernaba su padre. En 1442 murió la Reina y a pesar de que correspondía el reino de Navarra a su hijo, surgieron dificultades porque en el testamento había una cláusula en la que se requería el consentimiento de Juan II para que el Príncipe de Viana usara los títulos de Rey y Duque. Volvió a casarse el Rey con Juana Enriquez y surgieron conflictos entre éste y el Príncipe don Carlos hasta que en 1457 en las Cortes de Estella desheredó a don Carlos y a su hermana Blanca y nombró Reina de Navarra a su hija Leonor, esposa del Conde de Foix. Ante esto, Cataluña se rebeló contra Juan II y le obligó a nombrar Lugarteniente General al príncipe don Carlos y a no entrar en territorio catalán; mas el príncipe, después de haber sido jurado heredero de Cataluña y de jurar sus constituciones, murió en 1461.

Después de serios disturbios y guerras se celebró la Concordia de Olite con los Condes de Foix, en ella se reconocía la soberanía de Juan II durante su vida, pero se establecía que después de su muerte sería reconocida Leonor como reina legítima de Navarra.

Aragón había seguido una política de expansión en el Mediterráneo; entre sus posesiones se encontraban Córcega y Cerdeña que habían sido legadas a Jaime II en la Paz de Anagni (1295) a

cambio de la renuncia de los derechos que éste pretendía tener sobre Sicilia y Nápoles.

Las Islas Baleares habían sido separadas por Jaime I del territorio catalán con objeto de repartir la herencia entre sus hijos Pedro III y Jaime de Mallorca; Pedro III trató de recuperarlas y aunque durante el reinado de Alfonso III se consideraban como Estado feudatario de la Corona de Aragón, el Papa Bonifacio VIII hizo que éstas tuvieran rey propio, mas al fin Pedro IV logró recuperarlas (1343).

Después de la muerte de don Martín de Sicilia, acaecida en 1409, los partidarios del dominio extranjero enviaron embajadores al Rey Fernando I con objeto de que enviara tropas y así poder ellos mantener su situación privilegiada. Esto mismo hicieron los de Sicilia y se les enviaron galeras y al infante don Juan como Lugarteniente, habiendo quedado también Sicilia anexada a la Corona de Aragón.

Mientras Aragón seguía con su política de expansión mediterránea y de acercamiento a Castilla, ésta se encontraba en estado de desorden y desconcierto; algunos nobles se habían sublevado y obligaron a Enrique IV a desconocer a la Infanta doña Juana para que ocupara el trono Isabel; otros apoyaban a la Beltraneja y otros más, encabezados por el Almirante Enriquez, trataban de que la Corona fuera para Fernando de Aragón y desconocían los derechos de éstas.

A pesar de esta situación de desorden y guerras pudo efectuarse la unión política en España porque su territorio estaba formado por reinos con gobierno de tipo monárquico, lo cual contribuyó a que pudieran fundirse por medio de matrimonios, en tanto que en Italia no se presentó esa circunstancia. También faltó en Italia un ideal común a todas las ciudades, que sirviera de unión entre ellas como sucedió en la Península Ibérica con la reconquista; en las épocas en que el peligro de los musulmanes desaparecía; la desunión y las discordias civiles eran más notorias.

Quando don Fernando contrajo matrimonio con la princesa Isabel era Rey de Sicilia y Príncipe de Aragón; su herencia comprendía a Aragón, Valencia, Cataluña, Islas Baleares, Sicilia, Córcega y Cerdeña; sus rentas eran considerables y favorecía este matrimonio a Castilla por colindar los dos reinos. No era impopular en Castilla, la oposición no fue por parte del pueblo sino por la nobleza que temía encontrarse con un príncipe fuerte y con energía y poder suficiente para someterla.

Esta grandeza de carácter y la capacidad extraordinaria de

su obra se manifiestan y se hacen patentes al finalizar su reinado, pues siendo éstas las condiciones en que encontró a España, al morir dejó como herencia a Carlos I de España y V de Alemania el imperio más poderoso de su época. ¿Pasaría esto desapercibido a un observador tan penetrante y sagaz como fue Nicolás Maquiavelo?

Fernando V no sólo realizó la reconquista y efectuó la unión de los reinos españoles sino que continuó la política aragonesa de expansión por el Mediterráneo occidental, tenía planeado destruir al Soldán de Egipto, conquistar Alejandría y Grecia y hacer efectivo el título de Duque de Atenas y Neopatria que había heredado con lo que Nápoles, Sicilia e Italia quedarían libres de los ataques de los turcos, y como si estos colosales proyectos fueran pocos, la casualidad hizo que a ellos se uniera el descubrimiento de nuevas tierras; acontecimiento que aunque no fue apreciado en su verdadero sentido por los hombres de aquella época, debe haber aumentado considerablemente la gran fama que ya tenía el Rey Católico, tanto por la rareza del suceso como por las riquezas y objetos que de América se llevaban y que eran desconocidos entonces para los europeos. Es curioso que ni el mismo Maquiavelo conceda importancia a la empresa realizada por Colón, en sus obras no se encuentra ningún comentario alusivo a ésta, no obstante la gran trascendencia que tuvo en los asuntos europeos.

El gran número de hechos realizados durante el reinado de Fernando V respondieron a una política fijada de antemano y encaminada a lograr la unión de los reinos españoles, a conservarlos y a engrandecerlos con las nuevas conquistas adquiridas; el resultado grandioso de su gobierno no fue obra de la casualidad sino el fruto de su extraordinaria capacidad, de su sagacidad para captar la situación y aprovechar las posibilidades que tuvo para llevar a efecto sus proyectos, de la actividad que desplegó durante los cuarenta años de su reinado, de haber encontrado los hombres con el talento y valor necesarios para realizar sus fabulosos planes y de la prudencia y talento con que dirigió los asuntos internacionales.

Las injusticias e ingratitudes no fueron para satisfacer su vanidad como se ha creído, sino tan sólo medios necesarios para el engrandecimiento de España. Por ella trabajó y a ella subordinó los demás actos de su vida; ni siquiera se ocupó de pagar sumas mayores a los cronistas para comprar su historia, antes dejó que la mayor parte de los hechos se los atribuyeran a la Reina Isabel.

CAPITULO II

DON FERNANDO EL CATOLICO EN SU VIDA MILITAR.

Estado de la milicia en el Siglo XV.—Carácter militar de Fernando V.—Hermandades.—Ordenes Militares.— II Guerra de Sucesión, III.—Guerra de Granada, IV.—Anexión de Navarra.

por las guerras y revueltas privadas que ocasionaban los nobles; el pueblo, con frecuencia, se había unido a los Reyes para defenderse de los Señores y buscar alivio a su situación con el establecimiento de ellas. Al principio del reinado de Enrique IV ésta se estableció primero en Segovia y después en Toledo, Talavera, Ciudad Real, y el Maestrazgo de Calatrava, pero a pesar de su eficacia tuvo por enemigo a la nobleza que al ver su poder limitado trató siempre de conseguir la ruina de las Hermandades hasta lograrla porque Enrique IV dejó de protegerlas. Esta organización era grata al pueblo y éste pidió su restablecimiento por medio de los procuradores de las villas y ciudades.

Alfonso de Quitanilla, Contador Mayor de Rey y de la Reina, aconsejó el establecimiento de la Hermandad y don Fernando, a pesar de las quejas de los nobles, vió que en ellas podía tener un ejército propio y adicto y estimuló su formación dándoles su protección enérgica y decidida.

Cada ciudad y villa mandó sus procuradores para que se reunieran en la villa de Dueñas. Hernando del Pulgar y otros cronistas mencionan constantemente el desorden, la existencia de foragidos y las víctimas de ellos y se quejan de los males que sufrían: (1)

"E los unos a los otros fablaban é recontaban con grand angustia los robos é males é rescates que sofrian de los alcaides de las fortalezas, é de los tiranos é otros robadores que cada dia crecian; é quexábanse dellos los unos á los otros".

La libertad se perdía y trataban de defenderse de los tiranos para dar paz a sus reinos.

Se nombró quien redactase las Ordenanzas, las que después fueron aprobadas por los Reyes.

Los procuradores, con poderes de sus ciudades, villas y pueblos, acordaron instituir la Hermandad por tres años y determinaron las atribuciones y deberes de ésta. Establecieron cinco casos de Hermandad. (2)

"El primer caso era toda fuerza, ó robo, ó furtos, ó ferida fecha en el campo".

(1) Pulgar Hernando del. *Crónica de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y Aragón*, Bibliot. de Autores Españoles, T. LXX, Pág. 300.

(2) Pulgar Hernando del. *Crónica de los Señores Reyes Católicos Don Fernando y Doña Isabel de Castilla y Aragón*, Bibliot. de Autores Españoles, T. LXX, Pág. 303.

"El segundo, todo robo, ó fuerza, ó furto fecho en poblado, quando el malfechor se fuese fuera del poblado do lo fizo ó a otro lugar".

"El tercero, todo quebrantamiento de casa".

"El cuarto, toda fuerza de muger".

"E quinto, quando alguno fuese contra la justicia é la desobediencia".

Se estableció que hubiera en cada ciudad, villa o lugar, dos Alcaldes de Hermandad que tuvieran jurisdicción plena para juzgar y determinar en los cinco casos de Hermandad antes enunciados y se formaron también cuadrillas para perseguir a los ladrones y malhechores.

Don Alfonso de Aragón fue nombrado Capitán General de la Hermandad y se eligieron otros ocho capitanes de 300, 200 y de 100 lanzas a los que también se pagaba sueldo y acostamiento de la gente que tenía en su capitania. Estos tenían el deber de permanecer juntos, con sus armas y caballos en los lugares y provincias que les eran designados.

Para tener conocimiento de los debates ocurridos concernientes a los casos de Hermandad se eligió por Presidente a Don Lope de Ribas, Obispo de Cartagena y con él, a un Diputado de cada provincia; a estos funcionarios se les llamó Diputados Generales; tenían jurisdicción plenaria para determinar sobre los casos que ante ellos iban y de su juicio no había apelación. Con objeto de que los agraviados no tuvieran que trasladarse de lugar se instituyó en cada provincia un Diputado Provincial. Los encargados de la organización fueron Alfonso de Quitanilla y el Provisor de Villa Franca.

Formaron esta Hermandad todas las ciudades, villas y lugares de los reinos de Castilla y de León, del reino de Toledo, de Andalucía y de Galicia, los lugares y tierras de señorío no formaron parte porque los Señores emplearon toda su fuerza para oponerse a ella.

De la contribución que dieron los pueblos para su sostenimiento se pagaba continuamente sueldo a dos mil hombres de a caballo y éstos, además de asegurar los caminos, perseguir a los malhechores y restablecer el orden, fueron de gran utilidad en las empresas emprendidas por Fernando V ya que estaban directamente bajo su autoridad y mando. Así, dada su utilidad, se prorrogó su establecimiento por otros tres años; más adelante, al ver que beneficiaba a todo el reino, se ordenó que todos habían de contri-

buir a su sostenimiento, pero los hidalgos reclamaron ante los Reyes y quedaron exentos de ello.

Sus beneficios pronto se hicieron sentir y se procuró establecerla en otros lugares; en 1475 se implantó en Burgos y en abril de 1476 se afirmó en las Cortes de Madrigal; también se estableció en Andalucía a pesar de la fuerte oposición de los nobles, quienes trataron de desacreditarla por todos los medios, pero contó con la decidida protección del Rey y aun se implantó en muchos lugares de señorío. La Hermandad de Alava se incorporó a la General y años después, en 1487 también se organizó en Aragón.

Los Reyes nombraron Capitán General de la Santa Hermandad a Don Alonso de Aragón, duque de Villahermosa y hermano bastardo de don Fernando y pusieron a sus órdenes capitanes que mandaban unos dos mil hombres y que se distribuían por los caminos para perseguir a los malhechores.

En 1948, restablecido ya el orden en los reinos, fueron suprimidos los tributos para el sostenimiento de la Hermandad; desaparecieron el concejo, los jueces, las capitánias y los otros funcionarios asalariados y sólo subsistieron los alcaldes y cuadrilleros que eran nombrados anualmente para vigilar los caminos y despoblados. De la sentencia de los Alcaldes de Hermandad se apelaba a los de Casa y Corte.

Esta institución fue siempre un ejército permanente, ayudó a don Fernando a consolidar su reino y a conseguir la ruina del predominio de la nobleza.

• • •

LAS ORDENES MILITARES, también de gran importancia durante el gobierno de Fernando V, tuvieron carácter militar y fueron de gran utilidad en la reconquista de los reinos cristianos.

La Santa Sede y los Reyes de Castilla, de León, de Aragón y de Portugal les habían ido concediendo privilegios que acabaron por convertirlos en organismos de gran poder con lo que se fue olvidando de sus características iniciales de castidad absoluta, obediencia al Gran Maestre de la Orden del Consejo, pobreza personal y habían llegado a unirse a los nobles rebeldes para enfrentarse al Rey.

Fernando V comprendió el peligro de la autoridad real frente al poder de los Grandes Maestres, pero como también se dio cuenta de la utilidad y ayuda que podían prestarle las Ordenes Religiosas, no quiso destruirlas; prefirió apropiárselas junto con los

cuantiosos bienes que poseían y así evitó que los nobles que estaban al frente de ellas se volvieran contra su poder y sirvieran a intereses particulares.

En 1487 asestó el primer golpe y unió a la Corona el Maestrazgo de Calatrava por bula de Inocencio VIII; Carlos V supo comprender la importancia del acto y siguió la política que le marcara su abuelo; así, durante su reinado, expidió una bula el 4 de agosto de 1523 por la que adjudicó perpetuamente a la Corona los Maestrazgos de Santiago y Alcántara y después Sixto V por bula de 15 de marzo de 1587 agregó a éstos el de Montesa a solicitud de Felipe II.

Se había creado la Orden de Santiago en León y Galicia durante el reinado de Fernando II de 1161 a 1170 (1) y era la más poderosa y considerada preeminente. Se hizo necesaria su formación para defender a los peregrinos que de todas partes del mundo iban a Galicia a visitar el sepulcro del Apóstol Santiago; también tenía como finalidad ayudar a la reconquista en la lucha contra los moros.

Pedro Fernández de Fuente Encanalada se unió a varios caballeros para formar la Congregación de carácter religioso y militar. Desde el 29 de julio de 1170 se apegaron a los ejercicios y actos de la Orden de San Agustín y sus pretensiones fueron aprobadas por los arzobispos de Toledo y Santiago. Pedro Encalada se dirigió a Roma para obtener de Alejandro III una bula por la que se confirmó la existencia de la Orden; en ella se concedían varios privilegios, entre ellos, el de no pagar diezmos y el de que sus iglesias no estuvieran sujetas a diocesanos. A cambio de esto, la Orden se comprometía a pagar un censo anual a la Santa Sede.

Los asuntos de la Orden habían de ser resueltos por un Consejo de trece caballeros.

Sus reglas les prohibían volver al siglo y pasarse a otro Maestrazgo del mismo género sin el permiso de su Maestre; podían casarse pero estaban obligados a guardar continencia conyugal.

Con el tiempo se hicieron grandes donaciones a estas Ordenes y su carácter religioso inicial se fue perdiendo. Fernando II de León les donó la ciudad de Cáceres por lo que en un principio tomaron el nombre de Frailes de Cáceres, pero la ciudad cayó muy pronto en manos de los musulmanes y fue abandonada por

(1) Martínez Cosío Leopoldo, *Los Caballeros de las Ordenes Militares en México*, México, Edit. Santiago, 1946, Pág. 9.

los Caballeros de esta Orden; Alfonso VIII les donó la ciudad de Uclés para que defendieran la frontera y alrededor de este núcleo fuero adquiriendo grandes territorios que permanecieron en su poder hasta el tiempo de Fernando V.

El Consejo de los Trece y el Gran Maestre eran la suprema autoridad de la Orden. Había tres dignidades: Comendadores Mayores de Castilla, de León y de Montalbán. Sus conventos eran once y tenían ochenta y siete encomiendas y dos prioratos.

A la muerte de don Alonso de Cárdenas, acaecida en 1493, Fernando V se apoderó de la dignidad y en 1523, durante el reinado de Carlos V, se adjudicó este Maestrazgo en perpetuidad a la Corona de Castilla.

La Orden la Calatrava se instituyó en 1158 bajo la regla de San Benito; su finalidad fue también hacer la guerra a los moros y defender la fe de Cristo; era de carácter guerrero y los que querían ingresar a ella tenían que presentar pruebas de nobleza y hacer votos guerrerar contra los moros.

La bula para la admisión de la Orden de Calatrava fue expedida por Alejandro III el 26 de septiembre de 1164 y confirmada por Gregorio VIII e Inocencio III.

Las dignidades de la Orden fueron siete: El Gran Maestre, el Lugarteniente General, el Comendador Mayor de Aragón ó Alcáñiz, el Clavero, el Prior del Convento de Calatrava que forzosamente había de ser religioso, el Sacristán Mayor y el Obrero.

Gozaba de ciento treinta encomiendas que producían más de cuatro millones de reales al año; tenía diecisiete prioratos, cinco conventos, más de noventa iglesias y sus villas y caseríos eran más de trescientos cincuenta.

Fernando V logró obtener la aprobación del Papa Inocencio VIII para incorporar a la Corona la Orden Militar de Calatrava y después de la muerte de Garci López de Batalla, su último Maestre, la jefatura de la Orden pasó a la Corona de Carlos V.

La Orden de Montesa fue rama de la Orden de Calatrava; la de Alcántara estuvo también bajo su dependencia pero Julio II la eximió de ello.

Los Caballeros de la Orden de Alcántara habían tenido su origen en una fortaleza construída en las márgenes del río Coa, a diez millas de Ciudad Rodrigo en San Julián de Pereiro ó de Perero; los caballeros que quisieron forman la Orden Militar, después de buscar la aprobación del Obispo de Salamanca, don Ordo-

ño, y de haber sido instruídos por los monjes del Cister que había enviado el Obispo, recibieron la aprobación del Rey Alfonso IX de León. Su Constitución fué confirmada por bula de Alejandro III el 29 de diciembre de 1177 y se les dió el nombre de Caballeros de San Julián de Perero o Pereiro.

Tenían reglas y costumbres similares a las de los Caballeros de Calatrava y como éstos en 1218 se encontraban imposibilitados para defender el lugar y la fortaleza de Alcántara, la dieron en donación a los de la Orden de San Julián de Perero y éstos cambiaron su nombre por el de Caballeros de Alcántara.

Las bases de su reglamento les fueron marcadas por los monjes del Cister y hacían votos de castidad, pobreza y obediencia.

Las dignidades fueron dos: Comendador Mayor y Clavero.

En 1523 se incorporó a la Corona de Castilla mediante una bula expedida por Adriano VI.

La Orden de Montesa se formó a petición de Jaime II de Aragón, quien pidió los bienes y rentas de los Templarios para fundar una Orden Militar que pudiera contener las correrías de los moros en su reino; el Pontífice accedió a ello y se formó la Orden de Montesa bajo las reglas de la Orden de Calatrava; Clemente VII aprobó sus constituciones y el 24 de abril de 1400 se unió a la Orden de San Jorge de Alfama.

Fueron sus dignidades la de Comendador Mayor de Peñíscola, la de Obrero y la de los Albaceas, éstos eran los que entendían en la administración de los bienes de los frailes difuntos.

También se incorporó definitivamente a la Corona de Castilla por bula del Papa Sixto V expedida en Roma el 15 de marzo de 1589, bajo el reinado de Felipe II.

Fernando el Católico hizo que todas las Ordenes Militares se convirtieran en simples refugios nobiliarios.

GUERRA DE SUCESION

El aspecto militar de Fernando V lo pasan por alto casi todos los historiadores pero unía a su dignidad real todas las dotes de un gran general. Los disturbios civiles que motivó su padre, la falta de orden en las provincias, el conjunto de hechos internacionales y los ataques de los turcos que constantemente amenazaban la civilización cristiana, llenan la niñez y la juventud del Rey.

Cuando la princesa Isabel se hizo proclamar soberana de Cas-

tilla en 1474, a la muerte de su hermano Enrique IV, tuvo que afrontar grandes problemas y pudo hacer efectivo su título de reina gracias al talento militar y político de su esposo don Fernando que hubo de hacer frente inmediatamente a los nobles, a Portugal y a Francia.

Ya se ha dicho que a la muerte de Enrique IV no estuvieron cerca ni Fernando ni Isabel y no ha podido saberse cual fue su última voluntad en cuanto a la sucesión de la Corona de Castilla.

Los nobles y las ciudades se dividieron y tomaron el partido que más convenía a sus intereses con lo que suscitaron una guerra más por sus ambiciones, odios y discordias. Desde la fecha del acto de proclamación de la Reina el 13 de diciembre de 1474, los nobles que habían tomado el partido de doña Juana se prepararon para emprender la guerra contra sus nuevos soberanos.

La historia de la temible infantería española comenzó junto con el reinado de don Fernando al tener éste que reclutar fuerzas para poder hacer frente a Alfonso V; la organización señorial del ejército no le permitió contar con las tropas porque éstas dependían directamente de los nobles.

Capitaneaba a los rebeldes el Marqués de Villena, hijo de don Juan Pacheco y a éste se había adherido el Arzobispo Carrillo y los Condes de Plasencia, Ureña, Feria, Benavente, Valencia, el Gran Maestre de Calatrava, don Pedro de Portocarrero, el marqués de Cádiz, Pedro López de Padilla y muchos más de los que después figuraron en el ejército de Fernando V. Entre las ciudades rebeldes se encontraban Burgos, León, Zamora, Toro, Salamanca, Toledo, Madrid, Huete, Alcaraz, Córdoba, Zamora, Jerez, Ecija y otras. Todas ellas tenían la ventaja de poder disponer de los recursos y tropas del reino porque estaban en sus manos.

El peligro de que la Reina Isabel perdiera la Corona era muy grande porque algunos nobles como el Conde de Plasencia y el de Ureña, el Gran Maestre de Calatrava y el Marqués de Villena, además de acudir a Alfonso V de Portugal, le ofrecieron junto con la mano de la Princesa Juana, la Corona de Castilla y éste, seguro del triunfo por el apoyo que habían de prestarle las ciudades y los nobles rebeldes, había iniciado la guerra civil en el territorio español.

Como Fernando V no sólo carecía de fuerzas militares sino también de dinero por la pésima administración de Enrique IV ofreció a Alfonso V de Portugal ayudarle con armas y gente en sus cruzadas de Africa, pero el Rey de Portugal que contaba con la ayuda del de Francia, no aceptó y en el mes de mayo de 1475 pasó la frontera con su ejército.

Fernando V salió de Valladolid, lugar en donde se había establecido la Corte, hacia Salamanca y Ciudad Rodrigo para reclutar gente y organizar su ejército y se preparó a hacer frente a los portugueses en los campos que circundan a Toro y Zamora, donde se habían detenido sus fuerzas. En tanto, los partidarios de doña Juana esperaban a las tropas de Alfonso V en Plasencia, provincia cercana a Portugal. Fue ahí en donde se formalizó la promesa de matrimonio de la Princesa Juana con el Rey de Portugal en la Casa de las Argollas y se procedió a la proclamación y coronación de los nuevos reyes; la corte se trasladó a Arévalo y ahí esperaron los auxilios que había prometido don Alfonso Carillo.

Toro y Zamora fueron las primeras ciudades que se rindieron a Alfonso de Portugal y continuó la guerra por Galicia, Valencia, el occidente de España y Andalucía, pero el ejército de don Fernando estaba mandado por él mismo y éste siempre trató de ganarse su confianza, así como también el apoyo del pueblo.

La ciudad de Burgos estaba por doña Isabel y el castillo por doña Juana, era de gran importancia porque Alfonso V consideraba a la ciudad como una base estratégica para reunir los refuerzos que esperaba de Francia; Fernando V se dirigió a la ciudad y al saberlo acudió don Alfonso a hacerle frente. Entonces el Rey Católico llegó a un entendimiento con el defensor del puente fortificado de Zamora para que dejara entrar fuerzas reales a la ciudad, abandonó Burgos y por Valladolid se fue a Zamora, sorprendió a sus habitantes y los obligó a levantar sus banderas por la Reina Isabel con lo que los soldados portugueses tuvieron que retirarse. Ante esto, Alfonso V intentó llegar a un arreglo diplomático con don Fernando mediante el cual desistía a la Corona de Castilla a cambio de Toro, Zamora y Galicia, que quedarían agregadas a Portugal y pedía además una indemnización de guerra. Fernando V rehusó aceptar la desmembración del Reino.

En 1476 se rindió al fin el castillo de Burgos y los Reyes Católicos tomaron posesión de la ciudad; en marzo del mismo año Fernando V derrotó completamente a los portugueses, su ejército pudo huir casi intacto con el Príncipe don Juan, pero los nobles castellanos comprendieron su fracaso, desistieron de su rebeldía y muchos de ellos pasaban a las filas de don Fernando; el Príncipe don Juan se retiró a Portugal con la Princesa Juana, y Alfonso V quedó en espera de los auxilios que había prometido enviar Luis XI por Fuenterrabía, pero Fernando V logró evitar la intervención del rey francés y entonces, desesperado, se volvió a su país y de ahí embarcó rumbo a Francia a reclamar nuevamente el auxilio de Luis XI y a obtener la dispensa del Papa para su casamiento con doña Juana; a su regreso volvió a intentar otro ataque a

Castilla sin lograr ningún éxito. A fin de impedir cualquier intento de invasión por parte de Luis XI, salió Fernando V hacia Guipúzcoa; las provincias que habían estado en poder de los portugueses fueron recuperadas y el 20 de octubre el Conde de Marialva se vió obligado a salir de Toro. Junto con esta contienda se derrumbó el poder de la nobleza y se estableció la autoridad firme y enérgica del monarca.

En 1479 se firmó un acuerdo con Portugal por el cual Alfonso V renunció a sus pretensiones castellanas a cambio del privilegio de la propiedad en los descubrimientos y conquistas de los portugueses en el Atlántico Oriental; en él renunciaba doña Juana a sus derechos de sucesora y elegiría entre casarse con el Príncipe don Juan que entonces tenía un año de edad, o entrar a un convento.

También con Francia se firmó un armisticio en San Juan de la Luz en octubre de 1478; por él, Francia renunciaba a sostener las pretensiones de Alfonso V con lo que suponía el reconocimiento de los Reyes Católicos.

Para poder sostener esta guerra acudió el Rey al clero, tanto regular como seglar, pidió su contribución para la campaña militar y consiguió que la mitad de la plata de todos los templos ingresara al tesoro público en un préstamo de tres años.

Terminada esta contienda, aún no estaban los nobles completamente pacificados cuando Fernando V tuvo que acudir en ayuda de su padre, pues no bien se había sometido Barcelona al Rey Juan II, los habitantes de las provincias de Rosellón y la Cerdeña que habían sido entregadas al Rey de Francia para asegurar el cumplimiento de los compromisos adquiridos con ella, pidieron a Juan II su apoyo para volver a ponerse bajo su protección y éste aceptó la propuesta, se verificó una insurrección y sólo Salas, Coliure y el castillo de Perpiñán quedaron en poder de los franceses. Luis XI se preparó para defenderse y sitiar la capital y con 30,000 hombres, gran artillería, y el Duque de Saboya como Lugarteniente General, acometió a Perpiñán.

Al tener conocimiento de la situación en que se encontraba su padre, don Fernando acudió a socorrerlo con un cuerpo de caballería castellana y con los nobles y el ejército de Aragón que se le unieron a su paso por el Reino; con ellos auxilió a Juan II y pudo terminarse la campaña por un tratado concluido en 1473. En él se convino que el Rey Juan pagaría en el término de un año la suma convenida por los servicios que el rey francés le había prestado cuando emprendió la guerra contra los catalanes; en caso de faltar a dicho compromiso se cederían para siempre a Francia las provincias del Rosellón y de la Cerdeña, los comandantes de las

plazas fortificadas del territorio disputado serían elegidos por un monarca entre los designados por el otro y quedaban libres, entre tanto, de obedecer las órdenes de ambos, en cuanto pudieran ser contrarias a sus recíprocas obligaciones.

Si bien es cierto que Luis XI ayudó a Juan II contra los catalanes, con posterioridad le negó auxilios y favoreció la invasión del Duque de Lorena. Al firmarse el acuerdo Juan II sabía que no podría cumplirlo porque carecía de dinero, pero ambos monarcas buscaban tiempo para rehacer sus ejércitos; acudieron a toda clase de ardides y a principios de febrero de 1474 envió Juan II a la Corte de Luis XI una embajada so color de fijar los preliminares del matrimonio convenido entre el delfín y la infanta Isabel, hija de Fernando e Isabel, que entonces tenía tres años, y con la verdadera intención de concluir algún compromiso definitivo acerca de las diferencias existentes por los territorios del Rosellón y la Cerdeña.

En tanto, el Señor de Lude invadía el Rosellón a la cabeza de 900 lanzas, 10,000 infantes franceses y mucha artillería y con una flota genovesa de naves de transporte cargadas de víveres que al mismo tiempo iba siguiendo la costa para acompañar al ejército.

Después de una obstinada resistencia se rindió Elena y fueron decapitados el Gobernador y algunos de los principales prisioneros, de ahí pasaron los franceses a combatir en Perpiñán.

Terminada la guerra con Portugal, Fernando V fué a entrevistarse con su padre en Barcelona y de ahí pasó a Zaragoza para solicitar auxilios en las Cortes de Aragón; los subsidios votados no fueron suficientes para cubrir las necesidades, la capital estaba en peligro de caer en mano de los franceses y por ello se aceptó la capitulación. Después de la ocupación del Rosellón se estableció una tregua de seis meses.

Cuando en 1476 acudió Alfonso V ante Luis XI para solicitar su ayuda contra Fernando V, éste contaba ya con un fuerte ejército victorioso que también había expulsado a los franceses de Guipúzcoa y ante el peligro de ser derrotado, el Rey de Francia concertaba un tratado con los Reyes Católicos; fue éste el Tratado de San Juan de la Luz, concertado en 1478 entre Francia y los plenipotenciarios de Castilla y en él se estipuló que Luis XI se separaría de la alianza con Portugal, desconocerían las pretensiones de doña Juana y por tanto, reconocía a Fernando e Isabel como reyes de Castilla.

En 1479 murió Juan II y la Corona de Aragón se unió a la de Castilla y a la de Sicilia, a éstas, pronto había de agregarse el Reino de Granada y el de Navarra, que destrozada por revueltas interiores sacrificaba sus intereses a los del rey de Francia.

Castilla sin lograr ningún éxito. A fin de impedir cualquier intento de invasión por parte de Luis XI, salió Fernando V hacia Guipúzcoa; las provincias que habían estado en poder de los portugueses fueron recuperadas y el 20 de octubre el Conde de Marialva se vió obligado a salir de Toro. Junto con esta contienda se derrumbó el poder de la nobleza y se estableció la autoridad firme y enérgica del monarca.

En 1479 se firmó un acuerdo con Portugal por el cual Alfonso V renunció a sus pretensiones castellanas a cambio del privilegio de la propiedad en los descubrimientos y conquistas de los portugueses en el Atlántico Oriental; en él renunciaba doña Juana a sus derechos de sucesora y elegiría entre casarse con el Príncipe don Juan que entonces tenía un año de edad, o entrar a un convento.

También con Francia se firmó un armisticio en San Juan de la Luz en octubre de 1478; por él, Francia renunciaba a sostener las pretensiones de Alfonso V con lo que suponía el reconocimiento de los Reyes Católicos.

Para poder sostener esta guerra acudió el Rey al clero, tanto regular como seglar, pidió su contribución para la campaña militar y consiguió que la mitad de la plata de todos los templos ingresara al tesoro público en un préstamo de tres años.

Terminada esta contienda, aún no estaban los nobles completamente pacificados cuando Fernando V tuvo que acudir en ayuda de su padre, pues no bien se había sometido Barcelona al Rey Juan II, los habitantes de las provincias de Rosellón y la Cerdeña que habían sido entregadas al Rey de Francia para asegurar el cumplimiento de los compromisos adquiridos con ella, pidieron a Juan II su apoyo para volver a ponerse bajo su protección y éste aceptó la propuesta, se verificó una insurrección y sólo Salas, Coliure y el castillo de Perpiñán quedaron en poder de los franceses. Luis XI se preparó para defenderse y sitiar la capital y con 30,000 hombres, gran artillería, y el Duque de Saboya como Lugarteniente General, acometió a Perpiñán.

Al tener conocimiento de la situación en que se encontraba su padre, don Fernando acudió a socorrerlo con un cuerpo de caballería castellana y con los nobles y el ejército de Aragón que se le unieron a su paso por el Reino; con ellos auxilió a Juan II y pudo terminarse la campaña por un tratado concluido en 1473. En él se convino que el Rey Juan pagaría en el término de un año la suma convenida por los servicios que el rey francés le había prestado cuando emprendió la guerra contra los catalanes; en caso de faltar a dicho compromiso se cederían para siempre a Francia las provincias del Rosellón y de la Cerdeña, los comandantes de las

plazas fortificadas del territorio disputado serían elegidos por un monarca entre los designados por el otro y quedaban libres, entre tanto, de obedecer los órdenes de ambos, en cuanto pudieran ser contrarias a sus recíprocas obligaciones.

Si bien es cierto que Luis XI ayudó a Juan II contra los catalanes, con posterioridad le negó auxilios y favoreció la invasión del Duque de Lorena. Al firmarse el acuerdo Juan II sabía que no podría cumplirlo porque carecía de dinero, pero ambos monarcas buscaban tiempo para rehacer sus ejércitos; acudieron a toda clase de ardid y a principios de febrero de 1474 envió Juan II a la Corte de Luis XI una embajada con color de fijar los preliminares del matrimonio convenido entre el delfín y la infanta Isabel, hija de Fernando e Isabel, que entonces tenía tres años, y con la verdadera intención de concluir algún compromiso definitivo acerca de las diferencias existentes por los territorios del Rosellón y la Cerdeña.

En tanto, el Señor de Lude invadía el Rosellón a la cabeza de 900 lanzas, 10,000 infantes franceses y mucha artillería y con una flota genovesa de naves de transporte cargadas de víveres que al mismo tiempo iba siguiendo la costa para acompañar al ejército.

Después de una obstinada resistencia se rindió Elena y fueron decapitados el Gobernador y algunos de los principales prisioneros, de ahí pasaron los franceses a combatir en Perpiñán.

Terminada la guerra con Portugal, Fernando V fué a entrevistarse con su padre en Barcelona y de ahí pasó a Zaragoza para solicitar auxilios en las Cortes de Aragón; los subsidios votados no fueron suficientes para cubrir las necesidades, la capital estaba en peligro de caer en mano de los franceses y por ello se aceptó la capitulación. Después de la ocupación del Rosellón se estableció una tregua de seis meses.

Cuando en 1476 acudió Alfonso V ante Luis XI para solicitar su ayuda contra Fernando V, éste contaba ya con un fuerte ejército victorioso que también había expulsado a los franceses de Guipúzcoa y ante el peligro de ser derrotado, el Rey de Francia concertaba un tratado con los Reyes Católicos; fue éste el Tratado de San Juan de la Luz, concertado en 1478 entre Francia y los plenipotenciarios de Castilla y en él se estipuló que Luis XI se separaría de la alianza con Portugal, desconocerían las pretensiones de doña Juana y por tanto, reconocía a Fernando e Isabel como reyes de Castilla.

En 1479 murió Juan II y la Corona de Aragón se unió a la de Castilla y a la de Sicilia, a éstas, pronto había de agregarse el Reino de Granada y el de Navarra, que destrozada por revueltas interiores sacrificaba sus intereses a los del rey de Francia.

GUERRA DE GRANADA

Los musulmanes desde tiempos de San Fernando se habían refugiado en el ángulo sudeste de la Península Ibérica; era éste un lugar asilo y el núcleo de la resistencia musulmana española; su población estaba integrada por gentes que habían podido huir y a quienes ahí se había dado albergue, tales como caudillos, pequeños jefes de facciones rebeldes, aventureros derrotados por el ejército cristiano y grupos raciales africanos que habían auxiliado a los primeros mahometanos españoles. Sus habitantes se educaban desde niños para la guerra y tenían gran talento y pericia militar; eran fanáticos y supersticiones, creían que defender aquellas tierras era el destino que les señalaba el Altísimo y, belicoso por naturaleza, amaban las glorias militares y despreciaban la muerte en el campo de batalla.

Sin embargo, había entre ellos divisiones y odios personales de tribus, circunstancia que fue favorable para los príncipes cristianos que al ver disminuir su poderío pudieron recuperar gran parte del territorio; después de la batalla de las Navas de Tolosa en 1212, los almohades no pudieron oponerse enérgicamente a las fuerzas cristianas. Jaime I de Aragón y San Fernando dieron gran ímpetu a la reconquista y redujeron a los moros al ángulo sudeste de la península, después hubo pocos intentos y el ideal castellano de recobrar el territorio permaneció sólo latente en el pueblo español sin llegar a manifestarse porque hasta la llegada de Fernando V habían carecido de un caudillo, pero este rey unió los ideales castellanos y aragoneses y supo guiar a su pueblo para completar la obra iniciada tantos siglos antes. Castilla vio en esto la realización de su ideal y Aragón siguió adelante en su política de expansión por el Mediterráneo.

El hecho de que la realizara un príncipe aragonés dió a la reconquista un carácter nacional y no sólo castellano como se había pretendido al excluir de ella a los demás reinos de la península.

Don Fernando, además de reunir dotes de gran caudillo, tuvo que reclutar, armar y pertrechar miles y miles de soldados. Intervención en la organización del ejército y de las campañas; había llamado a peritos e ingenieros de Francia e Italia para crear una artillería y perfeccionar las armas defensivas y ofensivas, despertó en los nobles el entusiasmo por convertirse en capitanes y aprovechó las energías que antes éstos gastaban en intrigas personales en una empresa de carácter nacional.

La técnica y máquinas guerreras que entonces se usaban exi-

gían una movilización de trenes cargados con municiones; tenían que llevar hornos y fraguas portátiles para la preparación de las balas y más aún, la guerra que emprendía el Rey había de desarrollarse en zonas desconocidas para la mayor parte de los soldados cristianos, entre valles, montañas y sierras bravías; la orografía de la Península Ibérica hacía difícil la ocupación de los lugares y ciudades; los asaltos y las maniobras y tácticas tenían que ser diferentes a los empleados en la guerra de Sucesión puesto que se trataba de un pueblo que ahí tenía su sede y por tanto contaba con mayores recursos, incluso con la naturaleza del terreno. Después de las primeras derrotas el Rey se dió cuenta de ello y además de las armas empleó el ardid político para vencerlos, fomentó la guerra civil intestina entre los pretendientes al trono de Granada y los mantuvo desunidos. Andrés Giménez Soler dice de él que introdujo reformas que hicieron de un montón de hombres indisciplinados, un organismo poderoso; lo considera como un genio reformador en la táctica y en la estrategia. Acabó con las rivalidades, estableció jefes ciertos, ordenó las tropas y obligó a todos a cumplir sus órdenes por lo que pudo desarrollar sus planes estratégicos.

Palencia describe las rivalidades que existían entre los que procedían de regiones tan diferentes y Pedro Mártir de Anglería en las líneas que describe el sitio de Baza dice:

"... parece increíble que entre tantas gentes de tan varias regiones, de lenguas diferentes, de costumbres diversas, entre más de 80,000 peones y 15,000 jinetes haya tan absoluta concordia; tanto se respeta al Rey que hasta este presente día no se ha originado entre ellos el menor tumulto".

El Rey mismo dirigió la mayor parte de las operaciones y todos los cronistas concuerdan en reconocer su valor, serenidad y bizarría; en el escudo de la ciudad de Vélez— Málaga se encuentra representado en el momento de hundir la lanza a un moro, debido a que en la batalla en que se tomó la ciudad, se le vió combatir personalmente al enemigo y al ver herido mortalmente a uno de sus ordenanzas acudió a vengar su muerte; durante los combates desafiaba los más serios peligros y cuando hacía su turno permanecía toda la noche sin quitarse la armadura y sin descansar, a pesar de lo cual, no daba muestras de fatiga.

Una vez planeada la reconquista faltaba sólo un pretexto para iniciar la lucha. Muley Abulhásan había solicitado una tregua de tres años y Fernando V se la concedió porque tenía que contentar sus esfuerzos en la tarea de expulsar a Alfonso V. Mandó reclamar las parias que debían pagar los moros, el rey moro respondió con altanería y el resultado inmediato fue la guerra.

(1) Giménez Soler, Andrés: *Fernando el Católico*, Pág. 117.

Diego de Merlo, Asistente de Sevilla, fue el encargado de comenzar las hostilidades y se unió al Marqués de Cádiz y a otros caballeros para atacar la aldea de Villalonga en el término de Ronda, ahí derribaron la torre del Mercadillo y la guerra sin orden y por asaltos continuó en todas las fronteras.

En represalia, los moros tomaron Zahara el 23 de diciembre de 1481, fecha en que finalizaba la tregua de tres años.

Para continuar la guerra ordenó Fernando V que se tomara Alhama y después de asaltarla se mantuvieron en ella, recibió el aviso cuando se encontraba en Medina del Campo y de ahí se dirigió a Córdoba para reunir fuerzas andaluzas y auxiliar a las tropas cristianas; cuando el Rey llegó a Alhama, ésta ya había sido abastecida por el Duque de Medinasiona, pero él mismo dirigió un nuevo avituallamiento, relevó la guarnición, puso un nuevo alcaide y después regresó por Loja para darse cuenta de las dificultades que presentaba su conquista.

El sitiar una villa por más de tres días era declaración de guerra y los moros lo habían hecho con Alhama después de que los cristianos se habían apoderado de ella.

En Granada estaba a punto de estallar la guerra civil. Muley Hacén, enamorado de Isabel de Solís o Soraya, se había enemistado con la Sultana Aixa y con su hijo Boabdil el pueblo se puso del lado de éstos y cuando Muley Hacén no pudo defenderse huyó fuera de Granada con su visir Casim Venegas para refugiarse en el castillo de Mundéjar en Sierra Nevada; ahí se les unió el Zagal y juntos regresaron a Granada para trabar un nuevo combate con los partidarios de Boabdil, también en esta ocasión tuvo que huir y se refugió en Málaga, donde organizó su cuartel general.

Fernando fomentó el odio entre los partidos y aprovechó las revoluciones del Reino Granadino para atacar a Loja, en los límites de Granada; creyó que con la toma de esta ciudad aseguraría el dominio de la Vega de Granada y que también serviría para defender a Alhama y no calculó todas las dificultades que presentaba su conquista. Reunió el ejército y los mantenimientos para el ataque y se presentó cerca de la ciudad entre los olivares cercanos al río Guadalxén. Acompañaron al Rey el Marqués de Cádiz; Don Rodrigo Téllez Girón, Maestre de Calatrava; el Condestable de Castilla, Don Pedro de Velasco; el Conde de Tendilla y el Duque de Medinaceli; el ejército estaba compuesto por cerca de 4,000 jinetes y 8,000 infantes, pero Loja, perfectamente defendida, estaba en manos de Aliatar, uno de los caudillos moros de más prestigio y a pesar de la bravura de los cristianos, que expusieron valientemente su vida (el conde de Tendilla y Don Pedro de Velasco

resultaron heridos), sólo se consiguió una retirada y salvar parte del ejército. De la Peña de los Enamorados regresó Don Fernando a Córdoba y de ahí fué a abastecer y a reforzar a Alhama ante el temor de que los moros, alentados con la victoria de Loja, fueran a atacarla. También mandó que una escuadra vigilara el estrecho para evitar que el Emir de Granada solicitara auxilios de Marruecos y que les llegaran por el Mar Mediterráneo soldados, vituallas y pertrechos de guerra.

Para evitar nuevos descabros y fijar de modo decisivo los planes para continuar la guerra ya en forma metódica y organizada convocó a las Cortes de Diputados de todas las provincias y determinó reorganizar y fortalecer la Hermandad para que prestara mayores servicios.

Los partidarios de la Sultana Aixa nuevamente habían promovido la revolución en Granada y en tanto que Abulhásan se encontraba ausente ocupado en sitiar por tercera vez a Alhama, se proclamó soberano a Boabdil y a su regreso Abulhásan, que no pudo entrar en Granada, se dirigió a Málaga.

Fernando V quiso preparar un ataque efectivo y de gran duración con una artillería adecuada que pudiera derribar los muros de los pueblos moros, una flota capaz de defender el Mediterráneo e impedir la llegada de nuevos auxilios del África y un ejército acostumbrado a obedecer el mando de sus superiores; también se requirió el entrenamiento de un cuerpo de zapadores ocupados constantemente en la construcción de nuevos caminos, de los que la mayor parte tenían que pasar por arroyos y barrancos y por bosques que debían talar para que se transportara el ejército con sus animales y trenes de artillería y las máquinas de entonces eran primitivas y pesadas y su traslado casi imposible dado que las rutas que tenían que seguir les eran completamente desconocidas. Los lugares que habitaban los musulmanes estaban rodeados de murallas, montes y ríos, protegidos por la naturaleza y por la belicosidad de sus habitantes, éstos carecían de artillería gruesa pero desde niños se les educaba para hacer de ellos buenos guerreros y atacaban furiosamente porque arriesgaban su vida, su libertad y la de sus mujeres e hijos, su hacienda y hasta su religión; tenían fama de casi invencibles y su número era inmenso.

Casi todas las regiones de la península contribuyeron en la empresa con contingentes humanos y económicos; a pesar de no correr peligro inmediato y de encontrarse alejadas de los moros, las provincias de Galicia, Vizcaya, Asturias, Aragón, Sicilia y otras aportaban gente y contribuían a la formación del ejército. Los triunfos alcanzados contra los aguerridos musulmanes, las enseñanzas que recibieron de ellos y la guía y talento militar y políti-

co de su Rey hicieron del ejército cristiano un cuerpo invencible que decidió durante muchos años la suerte del mundo entonces conocido.

Mientras se preparaba Fernando V para continuar la guerra, los cristianos quisieron vengar la derrota de Loja y, sin consultarle, se lanzaron al ataque de la Axarquía, extendida desde la Sierra de Abdelaziz, en Antequera, hasta las proximidades de la capital de Málaga. Entre los que capitaneaban esta expedición estaban el Adelantado de Andalucía, Don Pedro Enriquez; el Marqués de Cádiz y otros más; creyeron fácil la victoria y alentados con la idea de que Muley Hacén se encontraba en Málaga, trabaron combate y fueron completamente derrotados, se cree que por traición de los guías y por haber surgido el desacuerdo entre los nobles que capitaneaban la expedición, eran muchos y no quisieron dar el mando absoluto a ninguno de ellos.

Para no ver opacada su fama con los triunfos de su padre y de su tío, Boabdil proyectó una expedición a Lucena y salió de Granada con un ejército de 9,000 infantes y 700 jinetes al que se unieron Ali Atar y sus fuerzas. Al tener noticias de ello Don Martín Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles y gobernador de la villa, pidió ayuda a su tío el Conde de Cabra que se encontraba en Baena, éste acudió presto al llamado que se le hizo y unido su ejército al del Alcaide de los Donceles pudieron combatir y vencer a los moros, los que tuvieron que lamentar la muerte de Ali Atar. La infantería huyó y murió casi toda la caballería musulmana, los que lograron escapar trataron de cruzar el río Genil y Boabdil, que iba entre ellos, se refugió entre los cañaverales de la orilla y fue hecho prisionero y conducido ante el Conde de Cabra por los soldados españoles. Al reconocerlo entre los prisioneros se lo comunicaron al Rey Católico y al punto se dirigió a Andalucía para determinar lo que había de hacerse con él, en Córdoba se celebró consejo y don Fernando determinó otorgarle la libertad para formentar la división e insurrección que ya existía en Granada; se pactó con Aixa y se rechazaron las proposiciones que había hecho Abulhásan.

Boabdil y Aixa se comprometieron a entregar 400 cristianos cautivos, 12,000 doblas de oro cada año y darían libre paso y auxilio a las tropas españolas que tuvieran que atravesar su territorio para hacer la guerra a Abulhásan. Fernando V. concedió una de dos años a Boabdil y a las plazas moras que reconocieran su autoridad. El hijo de Boabdil y los de algunos otros nobles quedaban como garantía de que se cumpliría el tratado concertado.

Los Reyes hicieron en Victoria un gran recibimiento al Conde de Cabra para agradecer sus servicios y le concedieron una renta

anual de 100.000 maravedises. También recompensaron a don Martín Fernández de Córdoba por su comportamiento en Lucena.

Boabdil llegó escoltado por capitanes españoles hasta la frontera cristiana pero en Granada la noticia de la derrota había producido una reacción en favor de Abulhásan y éste, al saberlo, había salido de Málaga para entrar en Granada y recuperar su Corona; Aixa se había retirado al Albaicín y los dos partidos determinaron dividir el reino, Granada sería para Abulhásan y Almería para Boabdil.

El ejército cristiano inició una serie de victorias, fué conquistando comarcas y estrechó cada vez más el cerco de Granda, con lo que también disminuyó sus medios de defensa; en 1483 triunfaron los cristianos en Lopera, en octubre del mismo año el Marqués de Cádiz recuperó Zahara y su fortaleza, en junio de 1484 se rindió Alora y en septiembre cayó Setenil. En 1485 don Fernando teudió una emboscada a los moros, hizoles creer que se preparaba para atacar Málaga o Loja, cayeron en el ardid y dejaron a Ronda desguarnecida por lo que tuvo que rendirse el 22 de mayo de 1485 al ser sorprendida por un ataque. Junto con ella se rindieron todas las villas de su distrito y tuvo gran valor estratégico porque puso en manos de don Fernando los pasos de Sierra Bermeja.

Abulhásan, viejo y casiiego, no podía continuar la lucha y el Zagal tomó Almería y se preparó para hacer frente a Boabdil, desacreditado ante sus partidarios por los pactos que había concertado con Fernando V, y fue proclamado Sultán de Granada. Poco después, en 1485, murió Abulhásan, Aixa hizo correr la voz de que el Zagal había ordenado su envenenamiento y la lucha entre los dos partidos volvió a estallar. En esta ocasión correspondieron al Zagal los territorios de Málaga, Almería, Vélez— Málaga, Almuñécar y la Alpujarra; lo restante hacia el reino de Murcia a Boabdil. Este ocuparía el Albaicín y aquél, la Alhambra.

El 29 de mayo de 1486 cayó Loja en poder de Fernando V; estaba en manos de Boabdil y para atacarla puso como pretexto el arreglo concertado con el Zagal. Boabdil, herido y vencido, llegó a un nuevo acuerdo con el Rey Fernando: Cambiaría su título de Rey de Granada por el de Duque y Marqués de Guádxiz, adquiriría el señorío de esa villa y se comprometería a hacer la guerra al Zagal.

Después de la campaña de Loja siguió la toma de Illorca, de Moclín y de las fortalezas de Colomera y Montefrío y se prepararon las expediciones contra Vélez— Málaga y Málaga; en el Albaicín la guerra continuó y el Zagal no pudo derrotar a Boabdil porque Fernando V le envió auxilios.

El 7 de abril de 1487, hechos los preparativos, salió Fernando V hacia Vélez —Málaga, plaza fuerte situada a cinco leguas de la ciudad de Málaga. Calculan que el ejército reunido en Córdoba era de 12000 hombres a caballo y 40000 infantes. El Zagal quiso auxiliar a los sitiados pero fracasó y mientras fué substituído por Boabdil y se retiró a Guádix que junto con Almería y Baza seguían en su poder.

Málaga fue el siguiente punto de ataque, estaba rodeada de fuertes murallas, bien defendida y provista de municiones y artillería. El Rey don Fernando intentó pactar y para ello comisionó al Marqués de Cádiz pero Hamet el Zegrí, que estaba al mando de la ciudad, rechazó la propuesta y el ejército cristiano inició el sitio por mar y tierra en mayo de 1487. El Almirante Requesens, al mando de una flota, cortó cualquier comunicación por mar, las fuerzas cristianas apretaron el cerco y los habitantes de la ciudad, muertos de hambre y deseosos de capitular para salvar su libertad y su hacienda, no pudieron rendirse porque se opuso a ello con toda energía Hamet el Zegrí; una comisión de burgueses que se acercó al Gobernador para manifestarle su deseo de entablar negociaciones fue detenida y sus integrantes, degollados públicamente; la única esperanza de los habitantes de la ciudad era que se levantara el cerco y que los auxiliara el Zagal, pero Boabdil sublevó a Granada en ausencia de su tío y éste regresó porque quería conservar su ejército intacto para oponerse a Boabdil. Hamet el Zegrí rechazó una segunda capitulación y desesperado, salió de Gibralfaro para hacer frente a las tropas de Fernando V pero fue completamente derrotado, los cristianos recibían constante ayuda y a medida que faltaban los comestibles la situación se hacía más desesperada para los moros, quienes solicitaron entregarse a condición de conservar su libertad, mas Fernando V había prometido castigarles con gran rigor y reducirles a esclavitud para que sirviera de ejemplo a las ciudades que aun permanecían en manos de los musulmanes y evitar así que éstas se resistieran y el 18 de agosto de 1487 entraron a la ciudad los Reyes acompañados de la Corte, Clero y séquito militar. Al día siguiente se rindió la fortaleza de Gibralfaro y Hamet el Zegrí fue cargado de cadenas; la población se reunió en el patio de la ciudadela y ahí se le notificó la sentencia de esclavitud.

Para cubrir las indemnizaciones de la campaña y los gastos de la guerra, para premiar a los soldados y obsequiar a otros como al Papa, a la Reina de Nápoles y a la de Portugal, se obsequiaron y se vendieron como esclavos los habitantes de Málaga.

Con el fin de dar a la empresa un carácter religioso que unía a todos, se hacía gran ostentación de piedad en los actos públicos que seguían a la conquista de las ciudades. En Málaga se consagró

la mezquita principal con el título de Santa María de la Encarnación; los eclesiásticos iban a las campañas militares, tomaban parte en los consejos de guerra y aún conducían escuadrones de combate. Después de efectuadas las conquistas se celebraban actos de acción de gracias y se comunicaban las victorias al Papa.

El primer acto religioso consistía en izar la cruz y cantar el Te Deum, en seguida se erarbolaba la enseña de Santiago y después la bandera de los Reyes con el escudo de las armas reales, un obispo purificaba la mezquita principal y la consagraba al uso de la religión católica. Las cadenas de los cristianos cautivos se colgaban en las iglesias.

En el año siguiente, después de haber descansado durante el invierno, continuó la guerra en Almería, Baza y Guádix, se rindieron algunas ciudades fronterizas y se tuvieron varios encuentros con el Zagal. Después de proveer y fortalecer a Baza, el Zagal encomendó a Cid Hiaya su defensa y fué a Guádix para prevenir cualquier ataque por parte de Boabdil. El sitio duró varios meses y hubo encuentros en que los cristianos estuvieron a punto de retirarse pero la perseverancia de su Rey hizo que al fin pudiera entrar el ejército a la ciudad el 4 de diciembre y en la rendición de ésta se estipuló también la entrega de Almería y Guádix. A los habitantes se les concedió la vida, propiedades, libertad de vivir bajo el régimen de Castilla y el derecho de conservar su religión y costumbres y a Cid Hiaya se le concedió un título de nobleza castellano.

Poco después don Fernando recibió del Zagal Almería y a cambio de ello le conservó el título de Rey y el señorío del Valle de Lecrín y Andarax con sus aldeas, 2.000 vasallos mudéjares y 4 millones de maravedises al año.

En el otoño de 1490, antes de acampar el ejército en la Vega de Granada, se habían talado los árboles y devastado los campos, y en la primavera de 1491 quedó la ciudad reducida a sus propios recursos; Fernando V atacó por sorpresa a los moros en las Alpujarras y en Sierra Nevada y siguió la devastación sistemática de todos los valles que circundaban a Granada para obligarla, reducidos todos sus recursos, a rendirse por hambre.

El Rey acampó a 5 millas de la ciudad, ordenó fortificar el campamento con fosos y trincheras, prohibió la guerra de guerrillas, organizó y disciplinó a su ejército y los preparó para soportar durante una larga temporada las inclemencias del tiempo y los ataques de los moros. En el campamento cristiano se produjo un gran incendio y se pensó en edificar una ciudad en los muros de Granada a la que se puso por nombre Santa Fe, esto atemorizó a Boabdil y llegó a hacer negociaciones secretas porque los moros que

habían llegado ahí en busca de refugio se negaban a rendirse. El 25 de noviembre había de entregar Boabdil a Granada, a cambio de alcanzar para él y su familia grandes privilegios y para todos los habitantes, condiciones muy favorables.

Para asegurar y apresurar las negociaciones el 29 de noviembre dirigieron los Reyes Católicos una carta a los alcaides, alcaidís, ulemas, alfaquies, alguaciles, escuderos, ancianos, hombres buenos y gentes del común, en ella daban a conocer que pesistirían en el asedio hasta que la ciudad se entregara y les ofrecieron una ventajosa capitulación que aseguraba sus personas y bienes en el caso de que se pactara la entrega en un término de veinte días, pasados los cuales serían tratados como los habitantes de Málaga.

Al ver que se aproximaba la guerra civil, Boabdil adelantó la entrega de la ciudad y la fijó para el 2 de mayo de 1492, día en que entraron algunas tropas cristianas y Fernando V y la Reina, el 6 de enero. Quedó encargado del gobierno don Iñigo López de Mendoza, Conde de Tendilla y fué elegido Obispo de Granada Fray Hernando de Talavera.

Los Reyes Católicos aseguraron a los habitantes sus vidas y ceremonias, les permitieron conservar sus leyes, usos y costumbres, les eximieron de pagar tributos durante tres años, pasados los cuales, les prometieron respetar su religión, sus mezquitas y sus les, éstos no habían de exceder a los de las leyes musulmanas y los doctores y alfaquies serían los encargados de su instrucción; se cambiaron cautivos moros y cristianos y los granadinos dieron como rehenes 500 personas de la nobleza.

Se celebraron otras capituciones secretas referentes a Boabdil y a sus familiares; en ella, se les reconocieron sus bienes, se les facultó para venderlos cuando lo quisieran y se les cedió un señorío en la Alpujarra. El encargado de esta negociación fue Hernando de Zafra y la capitulación fue firmada por él y por los Reyes.

Hubo aún otras rebeliones en el Albaicín, en la Alpujarra y en otros lugares por el trato rudo que se dió a los moros a instancias de Fray Francisco Ximénez de Cisneros, pero todos los levantamientos fueron al fin sofocados por el Rey.

Fray Francisco logró imponer su autoridad pero la mayor parte de los moros emigraron o sólo se convirtieron al cristianismo aparentemente para proteger sus intereses.

Para evitar nuevas sublevaciones y alejar a Boabdil de la península hizo tratos Fernando V con el Visir Aben Comixa para que le vendiera el señorío del Rey Chico y después de haber sido

despojado de sus posesiones y de las de su familia salió de España para residir en Fez donde murió al poco tiempo en una batalla.

En esta guerra demostró Fernando V sus altas dotes de militar y de político de grandes vuelos; concibió un plan de lucha para aniquilar a los moros y en los diez años que duró la guerra no flaqueó ante las grandes dificultades que tuvo que vencer, antes siguió con tenacidad hasta conseguir su objetivo; aprovechó y fomentó los disturbios civiles de los musulmanes en tanto que tuvo gran cuidado de evitarlos entre los cristianos; llevó negociaciones diplomáticas y no hizo de ésta una guerra de religión sino de recuperación de territorio. Buscó la unión de todos los reinos de la península y arrancada Granada a los moros, trabajó por Navarra y esperó la oportunidad de anexarla.

III

ANEXION DE NAVARRA

Fernando V tuvo siempre el anhelo de realizar la unidad de los Reinos de la Península Ibérica; sus antepasados lo habían intentado y se había llegado a un acercamiento por medio de matrimonios; los Reyes de Aragón descendientes de Fernando el de Antequera habían intervenido constantemente en los asuntos del Reino de Castilla y en el Siglo XV, cuando el momento fué propicio para que los pequeños reinos reconocieran un gobierno común, España tuvo la suerte de que su Rey tuviera conciencia de ello y aprovechara cualquier circunstancia para conseguir su ideal. Uno de los medios que empleó fueron los enlaces de sus hijos, por ellos trató de limitar la influencia de Francia y preparó la anexión de Portugal, pero a pesar de que intentó intervenir en los asuntos de Navarra y negoció el matrimonio del Príncipe don Juan y de Doña Juana con príncipes navarros fracasó porque Francia se opuso tenazmente, y sus Reyes, que eran feudatarios del Rey Francés, se plegaron siempre a sus deseos por el temor de perder los territorios de Foix y Bern y no llegaron a nacionalizarse ni a cuidar los intereses de Navarra. Cuando se sentían amenazados por el Rey de Francia, acudían a España, pero pasado el peligro no cumplían los pactos concertados con el Rey y volvían a plegarse a la voluntad del francés.

Era Papa entonces Juliano De la Rovère que había subido al Solio Pontificio el 1.º de noviembre de 1503 con el nombre de Julio II; había prohibido al Duque de Ferrara continuar la guerra contra Venecia, pero éste, apoyado por Luis XII, continuó en su empeño y por bula de 9 de agosto de 1510 Julio II le excomulgó y privó de todos sus feudos y dignidades.

Luis XII no sólo ayudó al Duque Alfonso de Ferrara sino que en su intento por adueñarse de Italia pretendió atacar al Papa en el terreno eclesiástico e instigó a los cardenales franceses para que convocaran a un concilio que había de efectuarse en Pisa el 1.º de septiembre de 1511. Ante esto, Julio II convocó también un concilio ecuménico en Roma que había de abrirse el 19 de abril de 1512 y formó la "Santa Liga". El 24 de octubre de 1511 pronunció la sentencia de destitución y de excomunión a los cardenales rebeldes y poco después aplicó el interdicto a Francia, con exclusión de Bretaña.

En el mes de marzo de 1512 Fernando V, a nombre de la Santa Liga declaró la guerra al Rey de Francia y Navarra se negó a apoyar al Papa y a Fernando V y pretendió permanecer neutral, pero los Embajadores de la Reina Catalina negociaban un Tratado con Francia como "amigos de amigos y enemigos de enemigos" (1). Este acuerdo es conocido con el nombre de Tratado de Blois y fué ratificado y firmado por los Reyes de Francia y de Navarra el 18 de julio de 1512, el día anterior a aquél en que había de jurarse (17 de julio), Fernando V dió a conocer en España los puntos sustanciales que contenía. El Rey Católico por medio de espías en la Corte Francesa y Navarra, se enteró de la traición de los Reyes Navarros que habían iniciado las negociaciones del tratado desde el 20 de abril de 1512 y dado el peligro que representaba para España una invasión francesa por Navarra, don Fernando se apresuró a conquistar el Reino; fue ésta tan rápida que algunos no la consideraran como tal sino como entrega. El 21 de julio de 1512 el Duque de Alba, al mando de un ejército español, traspasó la frontera, el día 23 llegó a Pamplona y el Rey don Juan huyó, el 24 se intimó la rendición y el día 25 pudo entrar el Duque de Alba a la ciudad. Ya el 21 de septiembre toda Navarra había quedado sometida.

Fernando V se valió de las bulas de Julio II para posesionarse del Reino, pues en el primer manifiesto que lanzó el 31 de julio sólo se declaró depositario de la Corona de Navarra; declara que quiere retener la entrada del Reino para asegurar la empresa contra Francia, pero que hecha ésta, o al menos ganada Bayona, les restituirá el Reino de muy buena voluntad y hace el ofrecimiento de casar al Príncipe heredero con una de sus nietas, y algunos otros con la condición de que retiren su ayuda al Rey de Francia; los Reyes de Navarra prendieron al Obispo de Zamora, enviado con el mensaje y lo entregaron a los franceses.

(1) Pradera, Victor: *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, Pág. 130.

En la carta que envió don Fernando a la ciudad de Tudela de 23 de agosto de 1512 habla por primera vez de la bula publicada en la Iglesia de Calahorra en la que los navarros eran "declarados por cismáticos y condenados por esclavos". Esto hizo que Fernando V cambiara sus propósitos y que de depositario se convirtiera en propietario de la Corona. En el segundo manifiesto de fines de agosto de 1512 ya se estima con títulos suficientes para ceñirla y se apoyó para ello en la Bula de excomunión leída en la Iglesia de Calahorra; tiene la fecha del 21 de julio de 1512 y se publicó en dicha iglesia el 21 de agosto del mismo año. Se le conoce con el nombre de *Pastor ille caelestis*.

No fue ésta la única, sino que Julio II lanzó otra más, conocida con el nombre de "*exigit contumacium*" el 18 de febrero de 1513 (1) En el registro del Archivo de Barcelona se encuentran los asientos de ambas.

La primera bula contiene una excomunión sólo condicional; don Juan y doña Catalina no están designados nominalmente sino tan sólo en forma implícita. El original de la segunda bula se encuentra en el Archivo de Simancas.

El único derecho que tenía don Fernando para apoderarse de Navarra era el de la conquista motivada por el Tratado de Foix, pues aunque Navarra y Bearn eran feudos de la Santa Sede, y sus Reyes vasallos del Papa, éste podía privar a la dinastía de Albret de la Corona por cisma o herejía, pero no podía dar la posesión del Reino a Fernando V, tocaba a Navarra designarse otro Rey. Mas si don Fernando carecía del Título de Señor natural que ostentó tenía el de conquistador, aunque prefirió adoptar el otro por ser de carácter más afectivo y por suscitar así menos dificultades en el Reino.

Navarra como los demás reinos, conservó su personalidad, sus Organismos y sus Cortes propias. Luis Correa dice: (2) "No sólo les juró la observancia de los fueros, según lo capitulado con el Duque de Alba, sino que añadió la halagüeña circunstancia de que tendría a Navarra como reino separado, no obstante su incorporación a Castilla; fué fiel en la observancia de sus Tratados y generoso aun con sus mismos enemigos y perjuros después de la conquista, preparando de esta manera los ánimos al olvido de la antigua independencia nacional".

(1) Se encuentra una reproducción de ambas en la obra de Pradera, Victor: *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*; Apéndices II, Pág. 411 y la segunda en el Apéndice III, Pág. 417.

(2) Correa, Luis: *Historia de la Conquista de Navarra*, Pág. 46.

Para terminar con los partidos y revueltas recompensó y favoreció a los beaumonteses pero también perdonó y procuró con-
graciarse con los agramonteses. Champion dice (1) que el estatuto
legal de Navarra permaneció incólume; y que el reino quedó uni-
do permanentemente al de Castilla por la persona del Monarca y
hace notar que el Rey no se cuidó de establecer bilateralmente ley
común de sucesión a las Coronas unidas. Fué por eso que durante
algún tiempo pudo considerarse la anexión de Navarra tan sólo co-
mo un cambio de dinastía sin que se alterase la esencia de las co-
sas. Sin embargo, desaparecieron las aduanas interiores, había un
sólo Inquisidor General para toda España y se procuró dar intere-
ses comunes a todos los Reinos, lo que hizo que poco a poco se fue-
ra solidarizando la vida de las diversas regiones de la Península.

CAPITULO III

POLITICA INTERNACIONAL

(1) Champion, Arturo: *Navarra en su vida histórica*, Pag. 499.

En el aspecto internacional Fernando V desarrolló en alto grado los planes de política aragonesa; conquistada Granada se propuso asegurar la posesión de este reino y evitar que los habitantes de las costas fueran molestados continuamente por los piratas berberiscos. Para ésto, y para evitar los avances frecuentes de la Media Luna se propuso dominar totalmente la costa norte de Africa en el Mediterráneo occidental.

A pesar de que varias veces tuvo que suspender la guerra de Africa por los sucesos internacionales que se presentaron, después de la muerte de la Reina Isabel los españoles conquistaron casi toda la costa del norte de Africa; España fue dueña del Peñón de Vélez de la Gomera, Cazaza, Melilla, Mzsalquibir, Orán, Mostaganen, Mazagrán, Tenes, Argel, Tedeles, Bujía, Gígel y Trípoli, además de muchas poblaciones del interior como Trémecen, que quedaron sometidas.

En 1511 el Rey hizo grandes preparativos para pasar al Africa él mismo, conquistar Trémecen y Bujía y dar a España el dominio completo del Mediterráneo occidental; logrando esto, pensaba atacar a Alejandria por sorpresa y hacer frente al Soldán de Egipto si trataba de recuperarla y continuaría sus conquistas enfrentándose con el Gran Turco para adueñarse también de la orilla meridional del Mediterráneo. Los planes anteriores los expuso ante su Consejo de Estado en 1509 y comunicó su deseo de hacer efectivo el título de Duque de Atenas y Neopatria.

La idea de extender la influencia de España hasta Grecia databa de 1451, fecha en que Alfonso V firmó en Nápoles una confederación con Demetrio Paleólogo, Déspota de Morea; en ella se convenía que si Alfonso V decidía atacar a los turcos el déspota de Morea la ayudaría con un contingente de 6,000 hombres de a caballo. Demetrio Paleólogo era hermano del último emperador de Bizancio, Constantino y se alió a Alfonso V porque pretendía arrebatarle la Corona a su hermano. A principios del Siglo XV el único heredero legítimo del Imperio de Bizancio era Andrés Paleólogo, hijo de Tomás Paleólogo y sobrino de Constantino, de quien no que-

daba ninguna sucesión. Ya en aquel tiempo la gloria que había alcanzado Fernando V en la lucha contra los infieles era muy grande y su fama se había extendido por todos los reinos entonces conocidos, era el único príncipe que se proponía defender la civilización cristiana que entonces estaba en peligro de perecer por los continuos avances turcos, y Andrés Paleólogo, en testamento hecho el 7 de abril de 1502, instituyó por herederos suyos a Fernando V e Isabel I de España y a sus sucesores y descendientes. Les dejó todos los derechos que tenía al Reino de Grecia y al Imperio de Constantinopla y les suplicó que aceptaran aquella herencia y la arrancaran de la tiranía turca.

Interesaba a Fernando V recoger la herencia de Andrés Paleólogo porque así protegería a Nápoles y a Sicilia y también para adueñarse de todo el Mediterráneo, sus costas quedarían libres de las agresiones de los turcos y los navíos españoles podrían navegar libremente sin el temor de ser atacados por corsarios.

Castilla había estado empeñada en la reconquista y no tenía intereses en el Mediterráneo, era un reino continental y había sido admiradora de Francia. Fernando V unió los intereses de los dos reinos, desde su matrimonio con la Princesa Isabel residió en Castilla, por ella hizo frente a Portugal y a Francia, la pacificó y terminó la reconquista, pero no descuidó los intereses de Aragón, la finalidad principal de su política fue el dominio completo del Mediterráneo occidental y todas sus empresas y guerras, sus alianzas y los matrimonios de sus hijos fueron motivados por esa política, de marcado carácter aragonés.

En tiempos de Jaime I los franceses se habían anexoado el Rosellón en oriente y Navarra en occidente y si Fernando V no hubiera comprendido el peligro que corría Aragón y no se hubiera opuesto a los propósitos de Francia, los españoles hubieran quedado encerrados entre territorios franceses. Continuó preocupándose por Navarra como lo había hecho su padre hasta unir el reino a los que ya poseía, luchó también por recuperar el Rosellón y cuando Francia pretendió tener derecho a Nápoles y con el pretexto de tener vínculos familiares quiso apoderarse de este reino, envió un ejército a Italia mandado por el Gran Capitán y protegió así a Sicilia y al comercio español del Mediterráneo.

Para anular los derechos de la Beltraneja y hacer desaparecer el peligro que representaba Portugal, casó a la infanta Isabel con el primogénito del reino lusitano. En 1484 hubo principios de tratos matrimoniales entre el Rey de Francia, Carlos VIII y la Infanta Isabel y en 1488 también Maximiliano envió a sus Embajadores con el mismo fin, pero Portugal se negó a aceptar a la prin-

cesa Juana como suplente de su hermana Isabel e insistió en que se cumpliera el pacto contraído y así se hizo pero el heredero del reino de Portugal murió al poco tiempo y la princesa Isabel quedó viuda, volvió a España al lado de sus padres y nuevamente solicitara su mano para casarla con el Rey don Manuel. En este tiempo ya había muerto el príncipe don Juan y este matrimonio pudo haberse aceptado con miras de una posible anexión del reino lusitano. El matrimonio del príncipe don Juan y de la princesa doña Juana con Margarita y Felipe, hijos de Maximiliano, fue con el fin de ganar la alianza del Rey de Romanos y hacer frente a las ambiciones francesas y con el mismo propósito se efectuaron los dos matrimonios de doña Catalina, primero con el príncipe Arturo de Inglaterra y después con Enrique VIII con lo que estrechó más el cerco de Francia; y a María, la otra hija, la casaron con el rey de Portugal cuando murió su hermana Isabel.

Además de las alianzas con Inglaterra y Alemania siempre buscó la amistad y el apoyo del Sumo Pontífice; a él acudió para poder llevar a cabo la guerra en el norte de Africa y le pidió las rentas de los Maestrazgos y las gracias de cruzada durante todo el tiempo que durara la empresa; Alejandro VI accedió a los deseos del Rey y extendió la Bula el 13 de febrero de 1495. Ya el Rey tenía hechos sus preparativos militares y navales y había obtenido datos confidenciales y entablado tratos para preparar la conquista de algunos puntos de la costa africana pero había tenido que suspenderla por la invasión de Carlos VIII a Italia, éste fue expulsado y Fernando V emprendió la conquista de Melilla en 1495

Para realizarla enviaron al Comendador Martín Galindo con orden de marchar al Africa e informar, después de examinar la ciudad, la manera como se podía conquistar, y ordenó su ejecución al Duque de Medinasidonia, don Juan de Guzmán; los gastos de la expedición correrían a cargo del Duque bajo el ofrecimiento de que le sería retribuido todo lo que en ella empleara y también se le dió la gobernación y tenencia de la ciudad a él y a sus sucesores como reconocimiento e indemnización de los servicios prestados y se le pagaron 32,000 ducados que había empleado.

Los moros temieron que la conquista de Melilla fuera el primer paso para penetrar tierra adentro y para defenderse reunieron en los alrededores un ejército y fortificaron a Cazaza, Tezota, Motabel y Alcalá con lo que Melilla quedó rodeada.

Mientras tanto, los turcos continuaban sus avances y la cristiandad se vió nuevamente amenazada; en 1499 Bayaceto II atacó Venecia y ocupó Lepanto, se internó en los territorios venecianos y llegó hasta Vicenza; en 1500 realizó un nuevo ataque y lle-

gó hasta Corfú y poco después atacó a Coron, Modón y Navarino en la península de Pylia. Alejandro VI hizo un nuevo llamado a los príncipes de la Cristiandad, pero éstos, que sólo percibían la ruina inmediata de Venecia, se ocupaban en problemas de menor importancia y no acudían al llamado del Pontífice. Para rechazar a los turcos el Papa manifestó su disposición de concederles a los que acudieron a su llamado las gracias que de él solicitaran y los fondos de los diezmos de la Iglesia que fueran precisos y pidió que los que no tomaran parte en la lucha, contribuyeran a sufragar los gastos. A pesar del llamado, sólo el Embajador de España, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, expresó el deseo que tenían sus soberanos de poner en práctica lo que de ellos solicitaba el Papa, para lo cual ya tenían hechos los preparativos y dijo que tenía ya el poder suficiente para comprometerse en nombre ellos a emprender la empresa; todos los demás embajadores se excusaron con varios pretextos. (1)

En Italia había gran intranquilidad, se temía un nuevo ataque del rey de Francia y los príncipes italianos desconfiaban unos de otros ante el temor de caer en poder de los turcos. Ludovico el Moro, Duque de Milán y el Rey Federico de Nápoles fueron acusados de acudir al Gran Turco y de entrar en tratos con él, pero Gonzalo Fernández de Oviedo que se hallaba al servicio del Rey Federico, en sus Batallas y Quinquagenas, Biografía del Gran Capitán, dice que en efecto, un embajador del Gran Turco fue a Nápoles para ofrecer al rey su favor y ayuda, pero que éste no la aceptó porque los turcos se negaron a auxiliarle en número reducido y prefirió perderse antes que darles entrada en la Cristiandad.

Fernando V quiso ayudar a los venecianos y preparó una armada para que a las órdenes del Gran Capitán fuera en su socorro. La Señoría de Venecia envió a Dominico Pisano como embajador suyo a España para que aceptara la ayuda del Rey y pidiera que se unieran las armadas veneciana y española y detuvieran el ataque que preparaba Bayaceto II; don Fernando temía que Bayaceto atacara a Sicilia con el pretexto de auxiliar al Rey Federico y para evitarlo hizo que partiera el Gran Capitán de Málaga el 4 de julio de 1500 rumbo a Ibiza y de ahí a Mallorca y a Mesina con instrucciones de atacar a los turcos en caso de que los franceses no atacaran a Nápoles, pero sin indicarle el punto en que debía hacerlo; el Papa le hizo el ofrecimiento de 40,000 ducados y 45,000 más que le daría el Colegio de Cardenales, además de muchas indulgencias para que emprendiera la guerra contra los infieles y tam-

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 5, Libro III, Cap. XLVI, Hoja 175.

bién el Capitán General de la Flota veneciana y el Proveedor de Corfú le pidieron ayuda porque creían que los ataques de los turcos se dirigirían contra la isla, y ante eso decidió zarpar de Mesina el 7 de septiembre rumbo a Corfú para reunirse con la escuadra veneciana y ayudar a su defensa; y los turcos, al ver reunidos a españoles y venecianos, renunciaron a atacar la isla y pusieron sitio a Neápolis de Romanía, llegaron a auxiliar a los sitiados y tuvieron que desistir ahí también de la empresa, se retiraron a Negroponto y de ahí a los estrechos de Galipoli perseguidos por la escuadra veneciana que mandaba Benedito de Pesaro.

El Gran Capitán no pudo recuperar las ciudades que los turcos habían arrebatado a Venecia por la proximidad del invierno, y junto con los venecianos decidió desembarcar en Cefalonia y ponerle cerco, el 28 de noviembre la asaltaron por vez primera, prolongaron el cerco cuarenta y seis días más y pasados éstos la ciudad fue tomada. (1)

Zurita comenta que "...ninguna obra falió de España grandes tiempos antes q mas publicacion hizieffe por mudo, del poder, y grandeza della, que la yda de fu armada a Leuante y la vitoria q el Gran Capitan huuo en la toma de la Cephalonia..."

A España sólo le quedó la gloria que con esta victoria alcanzó porque Fernando V ordenó al Gran Capitán que entregara la isla a los venecianos a cambio del pago de los gastos de la expedición, pero éstos nunca cumplieron su compromiso.

El resultado inmediato fue hacer patente el poderío de España y conseguir que los turcos desistieran del proyectado ataque a Sicilia con lo que pudo continuarse la guerra en el norte de Africa, aunque poco después volvió a ser interrumpida por la segunda guerra de Nápoles.

En 1503 murieron Alejandro VI y su sucesor Pío III y ocupó el pontificado Juliano De la Rovère, Cardenal de San Pedro in Vincula, quien propuso en Consistorio de Cardenales la paz entre España y Francia, la reforma de las costumbres de la iglesia y la guerra contra los infieles. El Embajador español manifestó el deseo de los Reyes Católicos de llegar a un acuerdo con Luis XII y de continuar la guerra contra los infieles. También enviaron los reyes de España a sus embajadores, Antonio Agustín y Juan Gralla, ante el rey de Francia para tratar con él las condiciones de paz, pero sólo se concertó una tregua de 3 años que se publicó en Nápoles el 25 de febre-

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 5, Libro IV, Cap. XXX.

gó hasta Corfú y poco después atacó a Coron, Modón y Navarino en la península de Pylia. Alejandro VI hizo un nuevo llamado a los príncipes de la Cristiandad, pero éstos, que sólo percibían la ruina inmediata de Venecia, se ocupaban en problemas de menor importancia y no acudían al llamado del Pontífice. Para rechazar a los turcos el Papa manifestó su disposición de concederles a los que acudieron a su llamado las gracias que de él solicitaban y los fondos de los diezmos de la Iglesia que fueran precisos y pidió que los que no tomaran parte en la lucha, contribuyeran a sufragar los gastos. A pesar del llamado, sólo el Embajador de España, D. Lorenzo Suárez de Figueroa, expresó el deseo que tenían sus soberanos de poner en práctica lo que de ellos solicitaba el Papa, para lo cual ya tenían hechos los preparativos y dijo que tenía ya el poder suficiente para comprometerse en nombre ellos a emprender la empresa; todos los demás embajadores se excusaron con varios pretextos. (1)

En Italia había gran intranquilidad, se temía un nuevo ataque del rey de Francia y los príncipes italianos desconfiaban unos de otros ante el temor de caer en poder de los turcos. Ludovico el Moro, Duque de Milán y el Rey Federico de Nápoles fueron acusados de acudir al Gran Turco y de entrar en tratos con él, pero Gonzalo Fernández de Oviedo que se hallaba al servicio del Rey Federico, en sus Batallas y Quinquagenas, Biografía del Gran Capitán, dice que en efecto, un embajador del Gran Turco fue a Nápoles para ofrecer al rey su favor y ayuda, pero que éste no la aceptó porque los turcos se negaron a auxiliarse en número reducido y prefirió perderse antes que darles entrada en la Cristiandad.

Fernando V quiso ayudar a los venecianos y preparó una armada para que a las órdenes del Gran Capitán fuera en su socorro. La Señoría de Venecia envió a Dominico Pisano como embajador suyo a España para que aceptara la ayuda del Rey y pidiera que se unieran las armadas veneciana y española y detuvieran el ataque que preparaba Bayaceto II; don Fernando temía que Bayaceto atacara a Sicilia con el pretexto de auxiliar al Rey Federico y para evitarlo hizo que partiera el Gran Capitán de Málaga el 4 de julio de 1500 rumbo a Ibiza y de ahí a Mallorca y a Mesina con instrucciones de atacar a los turcos en caso de que los franceses no atacaran a Nápoles, pero sin indicarle el punto en que debía de hacerlo; el Papa le hizo el ofrecimiento de 40,000 ducados y 45,000 más que le daría el Colegio de Cardenales, además de muchas indulgencias para que emprendiera la guerra contra los infieles y tam-

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 5, Libro III, Cap. XLVI, Hoja 175.

bién el Capitán General de la Flota veneciana y el Proveedor de Corfú le pidieron ayuda porque creían que los ataques de los turcos se dirigirían contra la isla, y ante eso decidió zarpar de Mesina el 7 de septiembre rumbo a Corfú para reunirse con la escuadra veneciana y ayudar a su defensa; y los turcos, al ver reunidos a españoles y venecianos, renunciaron a atacar la isla y pusieron sitio a Neápolis de Romanía, llegaron a auxiliar a los sitiados y tuvieron que desistir ahí también de la empresa, se retiraron a Negroponto y de ahí a los estrechos de Galípoli perseguidos por la escuadra veneciana que mandaba Benedito de Pesaro.

El Gran Capitán no pudo recuperar las ciudades que los turcos habían arrebatado a Venecia por la proximidad del invierno, y junto con los venecianos decidió desembarcar en Cefalonia y ponerle cerco, el 28 de noviembre la asaltaron por vez primera, prolongaron el cerco cuarenta y seis días más y pasados éstos la ciudad fue tomada. (1)

Zurita comenta que "...ninguna obra falió de España grandes tiempos antes q mas publicacion hizieffe por mudo, del poder, y grandeza della, que la yda de fu armada a Leuante y la vitoria q el Gran Capitan huuo en la toma de la Cephalonia..."

A España sólo le quedó la gloria que con esta victoria alcanzó porque Fernando V ordenó al Gran Capitán que entregara la isla a los venecianos a cambio del pago de los gastos de la expedición, pero éstos nunca cumplieron su compromiso.

El resultado inmediato fue hacer patente el poderío de España y conseguir que los turcos desistieran del proyectado ataque a Sicilia con lo que pudo continuarse la guerra en el norte de Africa, aunque poco después volvió a ser interrumpida por la segunda guerra de Nápoles.

En 1503 murieron Alejandro VI y su sucesor Pío III y ocupó el pontificado Juliano De la Rovère, Cardenal de San Pedro in Vinula, quien propuso en Consistorio de Cardenales la paz entre España y Francia, la reforma de las costumbres de la Iglesia y la guerra contra los infieles. El Embajador español manifestó el deseo de los Reyes Católicos de llegar a un acuerdo con Luis XII y de continuar la guerra contra los infieles. También enviaron los reyes de España a sus embajadores, Antonio Agustín y Juan Gralla, ante el rey de Francia para tratar con él las condiciones de paz, pero sólo se concertó una tregua de 3 años que se publicó en Nápoles el 25 de febre-

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 5, Libro IV, Cap. XXX.

ro de ese año. España y Francia se encontraban en guerra tanto en el Rosellón como en Nápoles y al concertarse la tregua ya el ejército español había obtenido las victorias de Cerfiola y Seminara y conquistado casi todo el reino de Nápoles, se preparaba a hacer frente al ejército francés a orillas del río Garellano, también ahí derrotaron a los franceses y se refugiaron en la fortaleza de Gaeta; la victoria era ya de los españoles y no obstante esto, concedieron condiciones favorables a los franceses.

El 3 de enero de 1504 el Gran Capitán tomó posesión de Gaeta, dejó salir libremente a los franceses y les entregó los prisioneros.

Concertado este acuerdo Fernando V pudo continuar el punto más importante de su política, la conquista de la costa africana, y con ello se atrajo la amistad de Julio II que en un principio le era hostil.

El Gran Capitán se preparaba para incendiar Valona, centro de concentración de la flota turca, cuando recibió una embajada de Bajzet II para felicitarlo por sus triunfos contra Francia y solicitar del Rey de España una paz y alianza en homenaje a las altas dotes del Gran Capitán; para ganarle a sus servicios Bajzet le ofreció hacerle Gran Bajá de sus imperios y le rogó que escogiera un reino en Grecia o donde le pareciera mejor, para ayudarle a hacer la guerra a sus enemigos, aunque no contra los cristianos y le ofreció las garantías y rehenes que quisiera. El Gran Capitán agradeció la oferta y contestó que no podía servir a un príncipe que no fuera cristiano: entregó al Embajador la confirmación de la paz sellada y firmada por los Reyes Católicos con lo que por el momento quedó resuelto el problema del peligro turco, gracias a las demostraciones de poderío de España y don Fernando volvió a ocuparse de la guerra del Africa.

El Gobernador y Alcaide de la Alhambra, Conde de Tendilla, ofreció conquistar las ciudades de Orán, Mazalquivir, Oné y otras de aquella zona con todas las fortalezas que había en el reino de Trémecén desde Melilla hasta Argel, para ello presentó un presupuesto de 40 millones de maravedises que habían de gastarse con intervención de veedores del rey y se comprometió a pagar él mismo las cantidades que excedieran a esa suma. El sostenimiento y fortificación de todo lo que se conquistara, la artillería, las municiones y el pago de personal correrían a cargo del rey (1), mas cuando todo estaba preparado para emprender la guerra falleció la Reina Isabel en noviembre de aquel año, surgieron

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 6, Libro VI, Cap. GV, Hoja 25.

nuevos conflictos que tuvo que resolver Fernando V, murió el Conde de Tendilla y la expedición no pudo efectuarse como se había planeado.

• • •

REGENCIA DE FERNANDO V EN CASTILLA.—Muerta la Reina, don Fernando se desposeyó del título de rey y asumió el de Gobernador e hizo proclamar públicamente en Medina del Campo a su hija doña Juana y al Archiduque don Felipe por Reina y Rey de Castilla, pero Felipe el Hermoso quiso asumir toda la autoridad y desconoció cualquier derecho que pretendiera tener el padre de la reina.

La Reina Isabel había otorgado testamento el 12 de octubre de 1504 y en él instituyó por heredera de todos sus bienes a su hija doña Juana. El derecho de don Fernando para gobernar en nombre de su hija no era sólo el que le asistía como a padre de la reina propietaria, declarada incapacitada mental, sino por voluntad expresa de la Reina Isabel I.

“... Instituyó por vniuersal heredera de los reynos, y señorios de Castilla y Leon, a la Princefa doña Ioana fu hija: y mandò que fe le hizieffe pleyto omenage por todos los Alycaydes de los alcayares, y fortalezas, y tenencias de las ciudades, y villas de aquellos Reynos, segun el fuero, y costumbre de España. Porque por las leyes, y ordenanças de Castilla estaua dispuesto, que las alcaydias, y gobernaciones, y los officios que tienen anexa jurisdiccion, y los cargos principales del Reyno, y los regimientos de pueblos, no fe dieffen a efrangeros, ordenò, y mandò, que de alli adelante fe dieffen a naturales, por efcufar los inconuienes, y defordenes que fe podian feeguir, si la Princefa y el Principe fu marido, no fe conformaffen con las leyes, y costumbres de la tierra: Declarò, que estando la Princefa, y el Principe auentes, no fe llamaffen cortes; ni los procuradores que fueren a ellas ayuntarse: y confiderando el defeto, è impedimento, que auia en la persona de la Princefa, de que fe tenia tanta noticia por las cosas passadas, de que en esta obra fe haze mención, proueyo al remedio dello, por estas palabras. Que si al tiempo que ella fallecieffe, no estuuieffe la Princefa fu hija en estos Reynos, ò despues que vinieffe a ellos le conuinieffe en algun tiempo auentarse, ò estando presente no quieffe, ò no pudieffe entender en la gobernacion dellos estuuieffe demanera, que fuesfen regidos, y gobernados en paz: y la justicia fe adminiftrasse, como deuia. Teniendo con esto confideracion, que los procuradores del Reyno en las Cortes que fe tuuieron en la ciudad de Toledo, en el año de M. D. II. y despues fe continuaron en la villa de Madrid, y fe concluyeron en Alcalá de Henares, pidieron en

nombre del Reyno, que se mandasse proueer a esto, ofreciendo que estauan aparejados de obedecer lo que se ordenasse, prece- diendo esta deliberación, y auendose comunicado con algunos Pre- lados, y Grandes, parecio, que en qualquier de estos casos, el Rey Don Hernando deunía regir, y gobernar aquellos reynos por la Princesa su hija. Por tanto proveyendo a la paz, y fofiego, y a la buena administracion de la justitia, acatando la grandeza, y ex- celencia del Rey, y a la mucha experiencia que tenia del gobierno de aquellos reynos, en qualquier de aquellos casos, mandaua, que fuffen por el gobernados, y regidos; y tuuiesse la administracion dellos por la Princesa, hasta que el Infante don Carlos fu nieto, hijo primogenito del Principe Archiduque fuffe de edad legitima para gobernarlos; y tuuiesse a lo menos, veynte años cuplidos. Tambien dispuso, que allende la administracion de los Maeftraz- gos que el Rey auia de tener, por su vida, lleuasse en cada un año la mitad de lo que rentassen las Islas, y tierra firme, que estaua descubierta; y de todos los provechos que de alli resultassen, fa- cadas las costas que se hiziesse: así en la defenfa, como en la ad- ministración de la justitia: y más diez cuentos, situados en las al- caualas de los Maeftrazgos. Efto se dexaua al Rey, teniendo con- sideracion que el Reyno de Granada, que se conquistó con tanto trabajo, y gaffo, quedaua incorporado en la Corona de Castilla: y las Islas de Canaria, y todas las otras, que estauan por descubrir en la tierra firme de la India Occidental: pues era justo, que en tan grandes coquiffas, y Reynos fuffe el Rey que lo auia conqui- tado, feruido en algo." (1)

En Castilla se consideró a don Fernando como Rey consorte y no como propietario de la Corona a pesar de tener derechos a ella, pero se conocía la incapacidad de su hija y también la inmo- ralidad de Felipe el Hermoso; la Reina, antes de morir, se limitó a reconocer las grandes dotes de su marido y todos los servicios que Castilla le debía, le dejó una pensión por ellos y le encargó el gobierno porque estaba convencida de que sólo él podría do- minar la situación, pero todo ello sin pensar en que tuviera dere- cho a gobernar en él.

Fernando V no alegó ningún derecho para reinar en Castilla, después de hacer levantar pendones reales por doña Juana y don Felipe firmó en Salamanca una Concordia con un enviado de éste; en ella se reconocía a Juana la Loca y a Felipe el Hermoso como Reyes de Castilla y don Fernando como Gobernador, como lo había indicado Isabel I en su testamento, pero Maximiliano y el

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 5, Libro V, Capitulo LXXXIII, hojas 349 y 350.

Archiduque se negaron a cumplir lo pactado y para apoderarse por completo del gobierno de Castilla y arrojar de él a Fernando V se aliaron con el rey de Francia.

Don Fernando tuvo que emplear toda su sagacidad para impedir la guerra civil que se aproximaba porque los nobles, ansiosos de nuevos puestos y privilegios, y con la esperanza de ser ellos mismos quienes gobernarán como lo habían hecho antes de la lle- gada de don Fernando, apoyaban a Felipe I sin importarles el fu- turo del reino. Ante todo trató de separar a Francia de Maximiliano ya que éste había demostrado que por sí solo era incapaz de recobrar siquiera las posesiones que le había arrebatado Vene- cia y que le habían sido asignadas en la Liga de Cambray, en tan- to que Francia hubiera podido arrebatarle Navarra, el Rosellón, ó sus Estados de Italia. Atrajo a Francia, hizo del Rey francés su aliado, y para afianzar su obra contrajo matrimonio con la sobri- na de Luis XII, Germana de Foix. (1)

"Por las cosas arduas y de grande importancia que se ofre- cieron y estaban para suceder después de la muerte de la dicha Serenísima Señora Reina doña Isabel, que en gloria sea, en los re-ynos de Castilla y en los otros reinos nuestros por el bien, sociego y paz de todo, fue conveniente que feziésemos el casamiento que fezimos con la Serenísima Reina doña Germana, nuestra muy cara e muy amada mujer; lo cual, como hasta aquí se ha visto, ha fecho el fruto y puesto en todos los reinos el reposo y asiento que del dicho casamiento y unión se esperaba, bendito nuestro Señor, lo que cierto fue el principal fin e fundamento nuestro después de haber pasado ya por otros medios".

Felipe I decidió dirigirse a España para arrebatarse el gobier- no a don Fernando y cuando llegó trató de esquivar cuanto pudo el encuentro con el Rey Católico, cuando al fin hubieron de en- contrarse cerca de Puebla de Sanabria, en una alquería llamada el Remesal, el 20 de junio de 1506, no le permitió ver a su hija y le obligó a salir de Castilla y a firmar un documento en el que reco- nocía la incapacidad de la Reina doña Juana para gobernar; Fer- nando V hizo constar que había firmado aquello privado de su libertad y por su vida. (2)

Aunque la entrevista se celebró a solas, se encuentra en el T. VIII de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España el texto de una carta dirigida por Fernando V al Embaja- dor de España en Venecia, en la que explica detalladamente lo ocurrido en el Remesal.

(1) Giménez Soler Andrés, *Fernando el Católico*, Pág. 162.

(2) Giménez Soler Andrés, *Fernando el Católico*, Pág. 164.

Se retiró Fernando V a Aragón a donde llegó el 13 de julio de 1506 y esperó a que pasado el primer momento surgiera el descontento contra la inmoralidad, los desórdenes y los delitos de los flamencos, a que se formaran partidos y a que surgiera la lucha entre éstos por las ambiciones desmedidas de los nobles castellanos y la impotencia de Felipe I para restablecer el orden.

Don Fernando planeó hacer un viaje a Nápoles; el 10. de julio comunicó su propósito a su embajador en Roma, el 23 lo confirmó y fijó la fecha en que había de partir y el 4 de septiembre se embarcó con rumbo a Italia.

Era Virrey de Nápoles entoces Gonzalo Fernández de Córdoba; desde antes de la Concordia de Salamanca había sido requerido por Fernando V para que regresara a España, después de dicha Concordia el Rey volvió a reiterar sus órdenes, tuvo que salir de Castilla, pasar por Aragón y determinó dirigirse a Nápoles; don Fernando sabía que Gonzalo Fernández de Córdoba tenía una gran influencia en aquel reino y temía, dado que la mayor parte de los nobles le había traicionado, que también éste pasara al bando del Archiduque y que junto con Castilla trataran de arrebatarle Nápoles.

Las sospechas del Rey, aunque justificadas por la situación en que se encontraba, no llegaron a afirmarse; con el tiempo pudo demostrar Gonzalo Fernández de Córdoba su lealtad y fidelidad, pero también el Rey compensó siempre al Gran Capitán por sus servicios y le dispensó grandes honores; el que en ese momento tratara de preveer una posible traición cuando todos le habían abandonado, no es hecho digno de reproche sino de encomio por el cuidado que ponía en la defensa de sus territorios.

Fray Egidio de Viterbo, en nombre de Fernando V, expuso públicamente al Papa que el principal propósito del Rey al ir a Italia había sido el de tener ocasión de mostrarle hasta qué punto era obediente hijo suyo y de la iglesia, así como el hacer más estrecha e íntima sus confederación con la Santa Sede, ofreciéndose para ayudarla con todas sus fuerzas, y manifestando estar en todo momento dispuesto a procurar cuanto redundara en aumento de la honra y beneficio de la Silla Apostólica. (1)

Con todo esto se ve que en el viaje de Fernando V a Nápoles pudo haber otros fines políticos como el de buscar el apoyo del Papa y no sólo dudas de la conducta del Gran Capitán.

(1) Zurita Gerónimo, Historia del Rey Don Hernando II el Católico, Tomo 6, Libro VII, Cap. XXIV.

Mientras el Rey Fernando hacía la travesía, en Burgos moría Felipe el Hermoso el 25 de septiembre de 1506, la noticia la recibió en Portafé el 8 de octubre por una carta con la firma de Cisneros y de muchos nobles y Grandes, en ella le suplicaban que regresara y tuviera a bien encargarse del gobierno de Castilla. A su regreso tuvo que reducir por la fuerza a algunos nobles y para ello envió a Pedro Navarro al mando del ejército que había traído de Italia. Quiso devolver la paz a Castilla y aunque perdonó a casi todos los nobles, hubo de matar sus ambiciones y sujetarlos a su poder para que desaparecieran los desórdenes que había llevado consigo Felipe I

Una de las manifestaciones del espíritu sedicioso de los nobles en aquella época fue la conducta seguida por el Marqués de Priego, sobrino de don Gonzalo Fernández de Córdoba y cuyo ejemplar castigo ha servido a mucho biógrafo de Fernando V, o del Gran Capitán, para hacer resaltar la figura de Gonzalo y tildar al Rey de envidia hacia este personaje.

El Marqués de Priego se había enseñoreado de Córdoba, adueñado de la administración de justicia y del dominio absoluto de la ciudad, y al regresar a Castilla quiso don Fernando restablecer el orden que había dejado al salir de ella: Gonzalo de Ayora dice: "... El Rey don Fernando y doña Isabel cuando estuvieron en paz mandaron que ningún Grande ni caballero que tuviese oficio de justicia usase dél ni pusiese teniente, sino que ellos como Reyes y Señores proveyesen justicia en las ciudades y villas: y que tales caballeros si tenían alguna renta con el oficio gozasen de ella, pero no usasen de tal oficio". (1)

El Marqués de Priego, que había usado de él, fue amonestado por el Rey y se limitó a enviar una carta dando excusas pero sin obedecer el mandato de salir de Córdoba y cuando el Alcalde de Herrera fue a reiterar la orden, el Marqués lo llevó preso al Castillo de Montilla.

Por muchos servicios que el Rey debiera al Gran Capitán no podía consentir aquella afrenta porque su reputación y autoridad ante la nobleza se hubieran perdido por completo. No era aquél un acto personal, sino un acto público por el que un noble se negaba a reconocer la autoridad de su Rey. Zurita dice de ello: (2)

"... Don Pedro Hernández de Córdoba, Marqués de Priego, confiando en algunos Grandes que estaban entre sí muy unidos con

(1) Transcrito por Giménez Soler Andrés, *Fernando el Católico*, Pág. 177.

(2) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II*, Tomo 6, Libro VII, Cap. XX, Hoja 164.

quien él se había confederado, no cesaba de dar a conocer la parte que él era en Andalucía para deservir al Rey. Mayormente que él estaba muy aliado con el Conde de Cabra y los dos mostraban estar muy desdenados porque el Rey había hecho poco caso de ellos, pues no pensaban ser menos poderosos en las cosas de aquella Provincia por sus Estados y amigos que lo eran los Grandes de Castilla, a quien el Rey gratificaba y hizo merced para asentar su venida".

La conducta seguida por Fernando V no pudo fundarse en un sentimiento de envidia hacia el Gran Capitán por la gloria conquistada en las guerras de Italia, pues la fama de Fernando V como militar, gobernante y diplomático era tal, que no se opacaba sino que crecía con las hazañas del Gran Capitán, ya que éste estaba a sus órdenes. El Nuncio del Papa, que acompañaba al Rey en aquella ocasión, fue del mismo parecer y le dijo: "O a Córdoba ó a su Reino de Aragón", dándole a entender que si no restablecía la disciplina en Castilla, lo perdería todo; y Maquiavelo, en su *Príncipe*, manifestación de los principios políticos de la época, escribió un capítulo sobre la necesidad que tenía el príncipe de castigar las faltas de los vasallos rebeldes a la autoridad real. Al enterarse de los hechos, el Gran Capitán intercedió por su sobrino y solicitó el apoyo de otros personajes pero el Rey se negó a conceder el perdón, y el castigo se llevó a efecto con el fin de restablecer la paz y sosiego en Andalucía.

La sentencia fue que se derribara la fortaleza de Montilla y el destierro del Marqués de Priego de toda Andalucía. Le concedió la gracia de perdonarle la vida por los servicios que su padre y don Gonzalo habían prestado a la Corona. Los que fueron a prender al alcalde recibieron sentencia de muerte; al escribano que hizo la carta para que lo prendieran le cortaron el dedo pulgar, a otros azotaron y dos más fueron ahorcados. (1)

Para compensar al Gran Capitán del castillo de Montilla, en donde había nacido, le dió la tenencia de Loja, que le sirvió de retiro sin que volviera a la Corte por el resto de su vida.

Zurita, que vivió en la misma época, opinó de ello: "... que la ofensa de justicia era mal que tocaba a todos y la autoridad general provecho de todos". Maquiavelo sustenta la misma tesis.

Gonzalo Hernández de Córdoba obtuvo a más del título de Gran Capitán los de Duque de Terranova y de Sesá con la villa del mismo nombre, y los dos registrados en la Cancillería de Ara-

(1). Biblioteca Nacional. Ms. G. 69. Signatura Moderna, 1779, f. l. Tomado de Giménez Soler Andrés, *Fernando el Católico*, Pág. 178.

gón; en Castilla se le dió la villa de Loja y su retiro en la Corte fue voluntario.

Las dificultades para Fernando V no terminaron por completo con la muerte de Felipe el Hermoso porque Maximiliano I pretendía asumir el gobierno de Castilla como tutor de su nieto el Príncipe don Carlos. La situación de Maximiliano también era apurada porque la Dieta de Worms, abierta el 23 de abril de 1509, se negó a facilitarle la ayuda militar y económica que necesitaba para entrar en campaña y poder recuperar los territorios que se le habían asignado en la Liga Cambray, en tanto que los demás conderados ya lo habían conseguido para fines de mayo de aquel año. El 14 de mayo de 1509 Luis XII venció a los venecianos en el campo de Agdanello, cerca de la población de Vailate, en la batalla que se conoce con el nombre de Adda, y a fines de mayo, ocupados todos sus territorios, continuó avanzando por las tierra de Venecia; el 30 del mismo mes se apoderó de Peschiera que correspondía al Marqués de Mantúa y pasó a conquistar Valeggio, situada en la zona asignada a Maximiliano.

El Emperador llegó a Trento el 12 de junio y las ciudades de Verona, Vicenza y Padua, con todos sus territorios, se le rindieron sin que hubiera tenido que iniciar la lucha, mas su ejército era tan reducido que no pudo disponer de fuerzas suficientes para poner guarnición en esas plazas y las volvió a perder.

En el mes de junio se reunieron en Trento el Emperador Maximiliano, el Primer Ministro de Luis XII, Cardenal George d' Amboise, el representante del Papa, Constantino Areniti Cominato, Príncipe de Macedonia, y el embajador de España, Jaime de Conchillos, Obispo de Catania.

Durante las conversaciones Maximiliano propuso destruir por completo a Venecia, incluso su capital, para que cortada su cabeza no pudiera volver a recuperar los territorios que había perdido. (1)

Constantino Areniti Cominato se opuso a ello; manifestó que la destrucción de Venecia excedía a lo convenido en Cambray y que por tanto requería consulta previa a su Santidad; propuso efectuar una nueva conferencia en Bolonia a la que habían de asistir el Papa, el Emperador y el Rey de Francia para discutir el proyecto de Maximiliano, y añadió que en tanto se efectuaba dicha

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II*, Tomo 6, Libro VIII, Cap. XXXI, Hoja 182.

reunión podrían terminarse las conquistas señaladas en la Liga de Cambray.

Fernando el Católico, por medio de su embajador, también se opuso a la destrucción de Venecia ya que ésta era una barrera contra los turcos y en manos de Maximiliano I o de Luis XII constituía una amenaza más seria para Nápoles y Sicilia.

Proponía el Emperador que después de ocupada Venecia, se dividiera en cuatro partes y se construyera una fortaleza en cada una de ellas para repartirlas entre los cuatro confederados de Cambray, con lo que creía salir beneficiado porque los territorios que acababan de rendirse hubieran aumentado con la parte de Venecia que le correspondiera, y Luis XII le apoyaba, pero proponía que las partes no fueran cuatro sino dos, para después, apoderarse por completo de ella ya que con suma facilidad hubiera podido arrebatar a Maximiliano su parte, dada la escasez de fuerzas del Emperador; al fin, convinieron éste y el Cardenal de Amboise en celebrar unas visitas con Luis XII a orillas del lago Garda; el Cardenal manifestó sus aspiraciones para ascender al Pontificado con lo que dejó entrever las intenciones de Luis XII de deponer al Papa para sustituirle por su Primer Ministro. (1)

Las miras del rey de Francia eran apoderarse de Italia; ya lo había hecho de Milán, trataba de deponer al Papa y aceptó con gusto la conquista de Venecia. Para poder recuperar Pescheira y otros lugares del lago Garda, Maximiliano se había propuesto no dar la investidura de Milán a Luis XII hasta que le restituyera esos territorios, pero era tal su situación, que ya se la había dado a cambio de 10,000 coronas y pedía también al francés 500 hombres de armas para poder conquistar Treviso y los territorios y ciudades de Friuli, con lo que hubiera quedado en sus manos; pero el Papa intervino y para separarle de Luis XII le ofreció su ejército y trató de atraérselo para formar una Confederación entre él, Fernando V, Maximiliano, Venecia y otros príncipes cristianos. Esta tendría por objeto defender con armas temporales y espirituales a los Estados Pontificios de las ambiciones de Luis XII; benefició a Fernando el Católico porque Julio II puso gran empeño en conseguir una concordia entre el Rey de España y el Emperador. También hizo el Papa gestiones para que los venecianos restituyeran a Maximiliano los territorios que le habían sido asignados en la Liga de Cambray y que aún no había podido conquistar, para darle seguridad de ello envió a Silvio Sabelo ante él y además ofreció el Capelo Cardenal-

cio a su Primer Ministro, Mateo Lang, Obispo de Gursá. Esto y el hecho de que le hiciera ver la conveniencia de mantenerse unido a los demás confederados de la Liga de Cambray por retener aún Luis XII territorios que a él correspondían hicieron que éste suspendiera las vistas propuestas por el Cardenal de Amboise, lo cual disgustó sobremanera al rey de Francia. Sin embargo, el problema internacional subsistía y para tratar de resolverlo se reunieron en Cremona Luis XII, el Cardenal de Amboise, Mateo Lang y los Embajadores de España, Jaime de Albión y Jerónimo de Cabanillas. (1) En la Conferencia se presentaron dos concepciones; una estaba representada por la política que se proponía seguir Luis XII al tratar de destruir a Venecia y adueñarse por completo de Italia; envolvía al Emperador en sus propósitos bajo la promesa de compartir con él la conquista veneciana e insistía en que reconociera al Rey Católico como Gobernador de Castilla para poder lograr su colaboración en la empresa, ya que les eran indispensables las fuerzas navales con que contaba España para el cerco que se proponían realizar.

Fernando V, que se oponía a la destrucción de la Señoría, trató de llegar a un acuerdo con Julio II y atraerse a Maximiliano, pero no se negaba rotundamente a prestar la ayuda que de él se solicitaba porque buscaba ante todo que el Emperador le reconociera como Gobernador de Castilla. Para hacer desistir a Maximiliano de sus propósitos, Jaime de Conchillos le hizo notar el poderío del rey francés y su intención de arrebatar al Imperio los territorios que consiguieran una vez destruida Venecia; prueba de ello era el hecho de que Luis XII se había apoderado de Pescheira y el que las tropas que facilitaba al Emperador habían de permanecer en las tierras que eran conquistadas, así como su empeño en que Fernando V le cediera sus derechos a la parte que le hubiera correspondido del reparto de Venecia para después echarlo y adueñarse de Italia por tierra y por mar.

En el curso de las negociaciones trató Don Fernando de limitar las exigencias que el Emperador ponía como condición para llegar a un acuerdo; no apoyó las pretensiones de Maximiliano de destruir a Venecia, y para desviarlas le hizo recelar de Luis XII y logró apartarle de su lado; evitó el peligro que representaba para sus reinos un mayor poderío francés en la península e inició las negociaciones para llegar a una alianza anti-francesa que formarían el Emperador, el Papa, el Rey de Inglaterra y él mismo para fre-

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II*, Tomo 6, Libro VIII, Cap. XL, Hoja 194.

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 6, Libro VIII, Cap. XXXIX, Hoja 193.

Guicciardini Francisco, *Historia de Italia*, Libro VIII, Cap. III.

nar las ambiciones y detener el poderío de Francia. Dada la necesidad que también tenía el Papa de que Fernando V se opusiera a los proyectos de Luis XII, el Rey Católico buscaba con sus negociaciones que Julio II le otorgara la investidura de Nápoles para consolidar allí su posición; con una gran habilidad diplomática sujetó los planes políticos de las demás potencias al hecho de que Maximiliano le reconociera como Gobernador de Castilla.

Después de la Conferencia de Cremona, se siguió tratando lo relativo al gobierno de Castilla por conducto del Srío. Márnix, enviado a España por la Princesa Margarita, y por vía de Jaime de Conchillos, Obispo de Catania y Embajador de España ante Maximiliano.

Aunque Isabel I había dispuesto en su testamento que Fernando V permaneciera en el cargo de Gobernador de Castilla hasta que el Príncipe don Carlos llegara a la edad de 20 años, quería don Fernando que ese derecho durara todo el tiempo que viviera su hija doña Juana, la reina propietaria, y alegaba para ello los mismos argumentos que Felipe I había esgrimido contra él al reclamar sus derechos como esposo de doña Juana. Según don Fernando, las disposiciones de la Reina Católica se referían al caso de que falleciera doña Juana con anterioridad a ese momento, pero mientras viviera su hija el derecho de tutela le correspondía a él y no había podido doña Isabel quitárselo en su testamento. (1)

En cuanto a la destrucción de Venecia, toda la fuerza de la argumentación se encaminaba a disuadir a Maximiliano de la empresa, pero admitía la posibilidad de ayudar en ella y para ello exigía que se le hicieran concesiones especialísimas puesto que él no tenía ningún interés en su reparto. (2)

Los venecianos, que no habían sido atacados desde el 14 de mayo en que se efectuó la batalla de Agdanello, se iban reponiendo; las ciudades principales que en el primer momento se rindieron a Maximiliano reaccionaban en favor de Venecia y estaban rodeadas de aldeas y gentes del campo que eran hostiles al Imperio; obligado por todas esas circunstancias Maximiliano se vió en la necesidad de aceptar que Fernando V conservara el título de Gobernador de Castilla a condición de que hiciera juramento de administrar bien la tutela y de no enajenar ningún Estado de aquella Corona; también pidió que se le dieran seguridades que garantizarán la sucesión del Príncipe don Carlos, quien había de ser jurado

(1) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico* Tomo 6, Libro VIII, Cap. XLII, Hoja 198.

(2) Zurita Gerónimo, *Ob. Cit.*, Tomo 6, Libro VIII, Cap. XLVI, Hoja 204.

como heredero de la Corona de Aragón, siempre que don Fernando no tuviera hijos legítimos; en caso de fallecer el Emperador, el gobierno de los Estados de Flandes correspondería a Fernando V y éste delegaría su administración en la Princesa Margarita; a título de heredero de las Coronas de Aragón y de Castilla, el Príncipe don Carlos había de cobrar las rentas correspondientes, tal como se había reconocido este derecho a su padre don Felipe cuando había ido al Reino (1). Como en la Concordia quedaron algunos puntos pendientes se pensó acudir al Rey de Francia para que los resolviera a su arbitrio, con lo que se le halagó y se evitó que se opusiera a ella.

Fernando V logró que Maximiliano aceptara lo relativo a la gobernación perpetua de Castilla y se negó a entregarle tres fortalezas que le pedía para asegurar la sucesión de su nieto, a cambio de lo cual accedió a que don Carlos fuera jurado en las Cortes como Príncipe heredero y sucesor de Castilla al mismo tiempo que a él lo juraban por Administrador y Gobernador, lo que consideraba suficiente para asegurar la sucesión. Además, el Papa y los reyes de Francia, Portugal e Inglaterra, garantizarían el cumplimiento de aquel convenio.

En lo relativo a las rentas del Principado de Asturias, para el sostenimiento de la Casa de don Carlos y para ayudar a la defensa de sus Estados de Flandes, declaró don Fernando que aunque no era esa la costumbre en Castilla, accedería a que se le dieran ... 300,000 ducados al año mientras estuviera ausente del Reino y a que se le proveyera de todo lo necesario de acuerdo con su rango y dignidad si iba antes de casarse.

Solicitaba también Maximiliano I la ayuda de la armada española durante tres meses y que los gastos que ocasionara fueran hechos por España, pero el Rey Fernando se excusó diciendo que no estaba comprometido a hacer la guerra por mar en cosas que no habían sido convenidas en la Liga de Cambray, sobre todo tratándose de la destrucción de Venecia, a lo que se oponía el Papa; se negó también a entregar 100,000 ducados que pedía el Emperador y sólo concedió 50,000 escudos de oro y 300 hombres de armas que permanecerían a su servicio durante cuatro o cinco meses para que le ayudaran a recuperar las tierras que le habían sido asignadas en la Liga de Cambray.

Por último, quiso evitar los desórdenes que se habían producido cuando llegó Felipe el Hermoso con los flamencos, y para ello, exigió que cuando llegara el momento en que fuera don Carlos a

(1) Zurita Gerónimo, *Ob. Cit.*, Tomo 6, Libro VIII, Cap. XLII, Hoja 198.

Castilla, debería de ir una armada española por él y en su lugar dejaría al infante don Fernando para que residiera ahí.

El acuerdo se firmó en Blois el 12 de diciembre de 1509 y en él se redujeron a un mínimo todas las exigencias de Maximiliano I y se aceptaron las principales condiciones establecidas por Fernando V.

Unos moros habían ofrecido entregar Tedeles, mandó Fernando V reconocerla y Martín Robles y Joanot Vidal informaron que ni ofrecía facilidades para ser defendida, ni era tampoco de importancia, por lo que el Rey determinó seguir la empresa de Orán o de Mazalquivir en donde también se habían hecho negociaciones y el Alcaide había ofrecido entregar la fortaleza por diez mil doblas.

Jerónimo Vianello había hecho una carta de la situación de Orán y Mazalquivir con todos los detalles relativos a la costa, puertos, sierra, fortificaciones, etc.; hecha ésta, la presentó Cisneros al Rey y ofreció prestar la cantidad necesaria para lo que se hizo un presupuesto de 11 millones de maravedises que adelantó el Cardenal, con lo cual prepararon la expedición. Se nombró Capitán General al Alcaide de los Donceles, Diego Hernández de Córdoba, y Capitán de la armada, a don Ramón de Cardona. Sucedió esto mientras reinaba en Castilla Felipe I; el 11 de septiembre al amanecer, llegó la flota al Cabo Falcón, junto a Mazalquivir.

Gonzalo de Ayora describe la toma de la ciudad y dice que se supo por un moro que el alcaide había sido substituido. Se entró en tratos con el nuevo alcaide; éste se comprometió a entregar la fortaleza el viernes 12 de septiembre a cambio de 200 escudos, bajo la condición de que los soldados de la guarnición quedaran libres en sus personas, haciendas, armas y caballos; y los vencedores, dueños de cuanto había en la fortaleza. El 13 de septiembre ya pudieron entrar a la ciudad las tropas españolas y don Ramón de Cardona se dirigió a España para llevar la noticia al Rey, en tanto que el Alcaide de los Donceles permaneció en Mazalquivir, ahí hizo frente a los moros que iban a socorrer a la ciudad y fortificó la fortaleza.

Fernando V recompensó a don Diego Hernández de Córdoba con el título de Capitán General para la conquista de Barbería. (1)

Después de la Concordia de Salamanca pensaba continuar la guerra del África con la conquista de Melilla; desde antes de que

(1) Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, T. XLVII. (Tomado de Doussinaque).

muriera la Reina Isabel se habían hecho preparativos para efectuarla y con fecha 4 de octubre de 1504 extendieron los Reyes una carta en la que hacían merced de la villa de Cazaza a don Juan de Guzmán y le daban el título de Marqués de dicha villa. (1) Murio la Reina y el Duque de Medinasidonia pasó al bando de Felipe I, pero a principios de 1506, efectuada ya la Concordia de Salamanca, reunió el Duque las fuerzas para la expedición y en abril del mismo año ocupó la ciudad en nombre del Duque de Medinasidonia, Gonzalo Mariño de Ribera, Alcaide y Capitán de Melilla. (2)

Quando fue Fernando V a Nápoles manifestó a los embajadores venecianos que había ido a Italia para intentar hacer un convenio con otros príncipes cristianos y continuar la guerra contra los infieles. Con el fin de tratar aquel asunto ante la Santa Sede, nombró Embajador suyo a Fray Egidio de Viterbo y por su conducto hizo el ofrecimiento de aportar para esta empresa, todos los recursos de sus Estados e ir en persona a hacer la guerra, si el Papa le daba todo el favor y ayuda que requería ésta. (3) Así mismo, dijo a Julio II que podría contar con todos sus recursos para amparar su alta dignidad y la de los Estados Pontificios y ayudar a la defensa contra aquellos que intentaban alterar la paz de Italia y arrebatar los territorios que habían sido de la Iglesia y que conservaba en su poder Venecia. Con todo esto, Fernando V buscaba ganarse el apoyo del Papa, porque Julio II sólo buscaba la ocasión de recuperar los territorios que Venecia retenía aún.

El 20 de julio de 1507 regresó de Nápoles por Valencia y envió parte de las galeras a don Diego Fernández de Córdoba para que ayudaran a la defensa de Mazalquivir, en Andalucía dispuso varias galeras para la persecución de los piratas y con gran empeño reforzó las fuerzas marítimas del reino.

En Marruecos habían surgido una serie de disensiones y guerras intestinas que facilitaban los planes del Rey don Fernando; en noviembre de 1507 llegó a España un embajador del Rey de Tene, Muley Yahya, a pedir la protección del Rey Católico porque se había rebelado contra su padre, el rey de Trémecen y necesitaba la ayuda de España para defenderse de él. Se acordó que Muley Yahya entregaría todos los lugares de la costa, excepto Trémecen y sus territorios circundantes que don Fernando le ayudaría a conquistar y Muley Yahya se comprometía a su vez, a ayudar a los españoles

(1) Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, T. XXXIV (Tomado de Doussinaque).

(2) Zurita Gerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 5, Libro VI, Cap. XXXI.

(3) Zurita Gerónimo, *Ob. Cit.*, Tomo 6, Libro VI, Cap. XV, Hoja 25.

en la conquista de Orán. Por lo que después de que Pedro Navarro dominó a los nobles rebeldes, se propuso el Rey continuar con la conquista de Orán y aceptó que el Cardenal Cisneros adelantara los fondos a títulos de préstamo.

Para el 23 de julio de 1508 ya Pedro Navarro había conquistado el Peñón de Velez de la Gomera y desde ahí bombardeaban a la ciudad cuando los moros les molestaban o negaban las provisiones que necesitaban; se perdió el Peñón catorce años después y volvió a ser recuperado durante el gobierno de Felipe II. La conquista del Peñón de Velez de la Gomera ocasionó complicaciones con Portugal porque el Rey don Manuel lo consideraba como parte del reino de Fez y al terminar la guerra de Sucesión se habían especificado las conquistas a que tenían derecho ambos reinos; España se había adueñado de las Islas Canarias y Portugal de Ceuta, Tánger, Arcila y otros puntos del litoral africano y al acordar la paz se convino en que Fez podía ser conquistado por Portugal y Trémecén con Melilla y Cazaza, por España. Portugal reclamó por la violación del tratado y en septiembre de 1508 llegó a Córdoba Ochoa de Isasaga, Srio. de la Reina doña María, para tratar el asunto con don Fernando. (1) También Fernando V tenía motivos de queja porque a principios de 1508 los portugueses habían conquistado la ciudad de Saffi, situada fuera de los límites del reino de Fez y la habían conservado en su poder. El Peñón de Velez era de gran utilidad para España porque le servía para evitar la piratería, en tanto que a Portugal no le hubiera reportado ningún beneficio, pero don Fernando accedía a entregarlo si antes el rey don Manuel realizaba la conquista de la ciudad y pagaba los gastos hechos en la expedición; también propuso permutar las conquistas que se habían hecho por uno y otro país, pero don Manuel no llegó a ningún acuerdo.

El Alcaide de los Donceles fracasó al intentar la toma de Orán y fue reemplazado por Pedro Navarro a quien el Rey nombró Capitán General para la conquista del Africa (20 de agosto de 1508), con la misma fecha nombró al Cardenal Cisneros General de la empresa.

Pedro Navarro se negó a efectuar de inmediato la conquista de Orán porque se aproximaba el invierno; esto motivó que el Cardenal Cisneros, ansioso por emprenderla, empezara a recelar del Conde de Oliveto y surgieron una serie de dificultades que imposibilitaron la comprensión entre el militar y el religioso. Don Fernando trató de satisfacer a ambas partes, dió seguridad a Cis-

(1) Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, Tomo XXV.

neros de que la empresa se realizaría y autorizó a Pedro Navarro a que mientras efectuara otras de menor importancia como Tetuán y Oné.

A fines de 1508 se realizó la conquista de Oné porque podía representar un peligro para la de Orán y se disponía Pedro Navarro a atacar a la ciudad de Velez, cuando le llegó la orden de ir en socorro de la fortaleza de Arcila, posesión portuguesa que había sido asaltada por un poderoso ejército; el 30 de octubre llegó con su armada, junto con los portugueses hizo que se alejara el rey de Fez y aún permaneció ahí hasta que el peligro pasó por completo. Con esto volvieron a iniciarse las conversaciones con Portugal, aunque don Manuel persistió en reclamar para sí el Peñón de Velez de la Gomera; llegó a Portugal Gómez de Santillana como enviado de Fernando V y a Sevilla fué el representante portugués Cristóbal Correa.

Gómez de Santillana consiguió firmar un acuerdo el 18 de septiembre de 1509 en la villa de Cintra; en él se ratificaba lo concertado en 1495 respecto a que el reino de Fez perteneciera a Portugal desde seis leguas al oeste del Peñón de la Gomera hasta los cabos Bojador y Num. El convenio se ratificó en Villa franca de Xira el 23 de septiembre por parte de Portugal y en Valladolid, el 14 de noviembre de 1509 por Fernando V. (1)

A mediados de febrero de 1509 se entrevistó Pedro Navarro con el Cardenal Cisneros y acordaron que todo lo relativo al ejército, navios y provisiones, estaría a cargo de Pedro Navarro, quien se comprometió a tenerlo preparado para el 15 de abril de aquel año; hubo algún retraso porque algunas compañías no llegaron a tiempo, con lo que se volvió a hacer patente la falta de entendimiento entre el Cardenal y el Conde.

Creía Fray Francisco que Pedro Navarro trataba de utilizar la armada y el ejército para hacer por su cuenta la guerra a los infieles, en tanto que Pedro Navarro recelaba de que el verdadero objetivo fuera el ataque a los venecianos, a lo cual se negaba; al fin, ambos se dieron seguridades y zarparon las naves el 16 de mayo. Los detalles de la toma de Orán se encuentran en una carta del Maestro Cazalla dirigida al Capellán Mayor de Toledo y Vicario General del Arzobispado por orden de Fray Francisco Ximénez de Cisneros (2) y en el tomo II del Epistolario Español

(1) Doussinaque José M.: *La Política Internacional de Fernando el Católico*, Madrid, 1944, Apéndice N° 14.

(2) Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, T. XXV (Tomo de Doussinaque José M.: *La Política Internacional de Fernando el Católico*).

de la Biblioteca de Autores Españoles se encuentra publicada otra, del Srío. del Cardenal.

La conquista se efectuó el 17 de mayo de 1509, la ciudad fue saqueada y el botín se calculó en más de 500,000 ducados; consagró el Cardenal dos mezquitas y regresó a Mazalquivir, y de ahí a España porque volvieron a surgir dificultades entre él y el Conde de Oliveto. (1)

El Cardenal Cisneros se negó a seguir proporcionando fondos e hizo acusaciones sobre la conducta que había seguido Pedro Navarro; éste aún permanecía en Orán, ocupado en fortificar y preparar todo para su defensa; había demostrado grandes dotes de militar al efectuar la conquista en un sólo día, pero nunca tuvo la prudencia necesaria para tratar a Fray Francisco.

Fernando V, en carta a su Embajador en Roma, Jerónimo de Vich, expone que el Cardenal se negó a prestar más dinero para atender a la ciudad y que pidió la inmediata devolución del que había adelantado, no obstante haber ofrecido que todo el gasto de la ida a Orán y de su sostenimiento lo facilitaría hasta que se ganara toda aquella tierra.

Para ayudar a la población de Orán se permitió a veinte familias de judíos y a diez de moros vivir ahí y practicar su religión en privado; se les garantizó que no habían de ser hechados de la ciudad sino en caso de delito y ellos, a cambio, se comprometieron a dar fianza suficiente y a pagar rentas elevadas que ayudarían a sufragar los gastos de la ciudad. Se les reconoció el derecho de tener su justicia propia y de presentar al Rey sus agravios, para lo que habían de facilitarles los navíos necesarios.

Don Diego Fernández de Córdoba, Alcaide de los Donceles, fue nombrado Capitán General de la plaza y Pedro Navarro regresó a Cartagena.

Aben Comixa, el moro que había negociado la entrega de Granada, era Alcaide de Argel, y prometió a Pedro Navarro, a su paso ahí, la entrega de la ciudad, si iba con armada suficiente. Esto facilitaba la conquista de Bujía; Pedro Navarro reconoció y estudió las condiciones en que debería efectuarse la empresa, para preparar un gran ejército a su regreso a España. (2). El punto de ataque se mantuvo secreto para no despertar sospechas en los moros, Diego de Vera embarcó la tropa que estaba en Orán y les hizo

creer que desembarcarían en la costa de las Alpujarras; la gente que el Rey reunió se hizo a la mar el 20 de noviembre de 1509 al mando de Pedro Navarro y se dirigió a la isla Formentera; otra parte de la armada, mandada por Jerónimo de Vianello fue a Ibiza, donde se le unió Pedro Navarro y esperaron los viveres necesarios para salir a fines de enero hacia Bujía a donde llegaron el 5 de febrero. El Rey huyó y junto con otros fugitivos asentaron su campamento a cuatro leguas de la ciudad.

Pedro Navarro envió a Diego de Vera a dar cuenta de lo ocurrido a Fernando V y a pedirle un gobernante y 200 hombres que fortificaran la ciudad para continuar ellos sus conquistas.

El convenio hecho con Aben Comixa no pudo cumplirse porque el Rey de Bujía le había destituido y mandado apuñalar cuando Navarro apareció; éste envió un emisario a requerir a la ciudad de Argel para que se rindiera al Rey de España, entregara a los cristianos cautivos y pagara el tributo que antes daba al Rey de Bujía, de quien dependía. Aceptaron la intimidación y junto con Tedeles y Gigel izaron las banderas españolas.

El Rey de Bujía, Abdurrahmel, envió a los moros del campo y formó un ejército para oponerlo a los españoles. Pedro Navarro se valió de Muley Abdalá para combatirle, pues había sido despojado del gobierno por el primero, tío suyo, quien además le había dejado ciego; como aún contaba con alguna autoridad entre la población, el Conde de Oliveto la aprovechó para combatir al rebelde. Se preparó una expedición que dejó gran cantidad de botín, pero la mayor parte de los moros pudieron huir.

(1). Al fin se llegó a un acuerdo por el que Muley Abdalá y Muley Abdurrahmel prometieron ayudarse mutuamente con sus fuerzas y tropas; a Muley Abdalá le dieron Amizaya, Atuja y Amezala para sí y sus sucesores, con sus rentas y territorios circundantes y la jurisdicción correspondiente, en tanto que a Muley Abdurrahmel se le reconoció la propiedad del resto de las montañas de los Barbaruzes. Ellos reconocieron a Fernando V y a sus sucesores la propiedad y soberanía de Bujía, Argel, Tedeles, Tenes y Gigel, con sus campos, alrededores y toda la costa, se reconocieron por vasallos del Rey de España y se comprometieron a oponerse a quien tratara de causares perjuicio o hacerle la guerra en aquellas tierras, a proteger a los españoles de las ciudades nombradas e indemnizarles por los daños que los suyos causaran en ellas.

(1) Epistolario Español, Libro II, en el Tomo 62 de la Biblioteca de Autores Españoles.

(2) Zurita Jerónimo, *Historia del Rey Don Hernando II el Católico*, Tomo 6, Libro VIII, Cap. XLVIII, Hoja 207.

(1) Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España, Tomo XXV (Tomado de Doussiaque): La Política Internacional de Fernando el Católico.

Quedó como Gobernador de Bujía Gonzalo Mariño de Ribera y se trató de que desaparecieran las diferencias entre los dos príncipes; se evitó en lo posible que hubiera habitantes moros y se procuró que la guarnición fuera española para evitar la presencia de ellos dentro de las fortalezas cristianas, con lo que sería más fácil que éstas se conservaran por sí mismas y se podría ocupar la flota y tropa de España en continuar las conquistas y sólo acudirían a socorrer esas plazas en caso de algún ataque extraordinario.

Fernando V conservó para sí el título de Rey de Bujía y reconoció a Muley Abdalá la jurisdicción y rentas de villas, lugares y regiones de tierra adentro, bajo la soberanía de España, que tendría siempre la última apelación de la justicia y a la que habían de prestar fidelidad y vasallaje, además de pagar determinado tributo al árbitro de Pedro Navarro.

En junio de 1510 se dirigió el Conde de Oliveto a la isla Faviana para preparar la conquista de Trípoli; ante las victorias que éste había alcanzado, se apresuró a reducirse el Rey de Tenes, Muley Yahya, que ya desde 1508 había firmado un acuerdo para poner la ciudad bajo la soberanía de España; entonces, volvió a pedir que se le recibiera como vasallo; Mostaganen con Mazagrán, Trémecen, Tenes, Argel, Tedeles y Gigel también se sometieron.

Julio II, en Breve expedido el 15 de febrero de 1510, alaba la política del Rey Católico y hace patente la fama que había alcanzado por sus conquistas y en Bula expedida el 16 de marzo del mismo año, concede indulgencia plenaria a quienes, confesados y arrepentidos de sus pecados, le sigan en la guerra por la fe de Cristo, le exhortaba a continuarla sabiendo que "ha de reportar a todos los Príncipes Cristianos y pueblos, alabanza inmortal y gloria indelebe." (1).

A mediados de 1509 Julio II había requerido a Fernando V para formar una liga que tuviera por objeto hacer la guerra contra los turcos, y éste, que ya tenía en su poder los territorios que Venecia le había arrebatado, recibió con agrado los proyectos de Su Santidad.

Venecia, para separar a Maximiliano de Francia, le ofreció la entrega de los territorios que se le habían designado en la Liga de Cambray y que no había podido recuperar en más de dos

(1) Se encuentra una copia de la bula en el apéndice N° 34 de la obra de Doussinague José M.: La Política Internacional de Fernando el Católico.

años de lucha, la Señoría pensaba que en la empresa contra los turcos podría resarcirse de los territorios que había perdido recientemente y que con esto quedaría nulificada la Liga de Cambray. (1)

Para emprender aquella empresa, Fernando V solicitó del Papa la décima de lo que se recaudara para la Iglesia y los ingresos que habían de reunirse en toda la Cristiandad para la cruzada contra los infieles por todo el tiempo que durara aquella guerra.

Durante el año de 1509 reunió al Consejo en Valladolid y ante él expuso sus planes para continuar la guerra contra los infieles; (2) procuraba la colaboración de los demás príncipes cristianos para enfrentarse a los turcos, pero aún en el caso de que éstos se rehusaran, proponíase ir él mismo en persona al frente de un gran ejército que había de formar con la ayuda de las demás potencias y del Papa; para evitar discordias en su ausencia, planeaba llevar a muchos Grandes y Caballeros de quienes podía recelar un levantamiento y también esperaba poder contar con la ayuda de los habitantes de las regiones que se conquistaran porque siendo cristianos verían en él al Príncipe que los libertara de sus opresores, también creía que podía valerse de la población para defender los lugares conquistados.

Maquiavelo en el PRINCIPE hace suyas muchas de las observaciones expuestas por Fernando V ante su Consejo de 1509.

Terminada la conquista de Bujía don García de Toledo, hijo del Duque de Alba, quedó como Gobernador de la ciudad y Pedro Navarro se dirigió a la isla Faviana para recoger los elementos de guerra que se habían dispuesto por orden del Rey y de ahí fue a Trípoli a donde llegó al amanecer del día 25 de julio; dividió su ejército en dos partes para que mientras una atacaba de frente la otra evitara la llegada de socorros. Después de una fuerte lucha, los moros se fueron retirando a la mezquita mayor y cuando ésta fue ocupada se rindieron también los de las torres. El botín que se recogió fue de importancia.

Ante la fama alcanzada por Fernando V, Maximiliano I se decidió a entrar en la alianza Hispano-germana-inglesa que se proponía concertar el Rey Católico.

Pedro Navarro pidió un refuerzo de 400 hombres de armas y 200 caballos para emprender la conquista de Túnez y antes de que le llegara, creyendo que los habitantes de la isla de los Ger-

(1) Zurita Gerónimo, Ob. Cit., Tomo 6, Libro VIII, Caps. XL y XLI, Hoja 196.

(2) Zurita Gerónimo, Ob. Cit., Tomo 6, Libro VIII, Cap. XLI, Hoja 194.

bes se rendirían con facilidad, fue a intimarlos, pero éstos se negaron a entregarse y volvió Navarro a Trípoli para preparar sus fuerzas, ahí se le unió don García de Toledo, enviado por don Fernando para que continuara la guerra del Africa ya que Pedro Navarro emprendería con él la empresa proyectada o iría a Italia en caso de necesidad. El 24 de agosto emprendieron el viaje los dos y llegaron a la isla de los Gerbes el 29; pronto surgieron discrepancias entre el inexperto don García y el Conde de Oliveto; el primero se empeñó en avanzar inmediatamente sin esperar a que declinara el sol, y el calor y el cansancio fueron tan grandes que muchos soldados cayeron muertos porque desesperados y desordenados se dirigieron a unos pozos, antes de que pudieran defenderse cayeron sobre ellos los moros y los derrotaron por completo. Murieron don García y gran número de sus soldados con sus capitanes y oficiales; Pedro Navarro tuvo que huir con las escasas fuerzas que pudieron solvarse y se embarcaron para regresar, pero una terrible tempestad hizo que se perdieran varios navios; unas naves llegaron a Trípoli, otras a España y algunas más a Nápoles, Cerdeña, Sicilia, y a otros puntos.

Al fin, el 10 de febrero de 1511, Pedro Navarro se hizo a la mar con una parte muy pequeña de las fuerzas con que tomó Trípoli y se dirigió a las Islas Querquenas; el 24 de febrero de aquel año murió ahí Jerónimo Vianello traicionado por un alférez a quien había maltratado, también murieron las personas que habían desembarcado con él, excepto un superviviente, por lo que Pedro Navarro prefirió retirarse y posponer la conquista. En el Tomo XXIV de la Colección de Documentos Inéditos para la Historia de España se encuentra una carta de don Hugo de Moncada, Virrey de Sicilia, dirigida a Fernando V y en ella dice que ayudará a Pedro Navarro como el Rey se lo había pedido, para que prosiguiera, si le parecía, la empresa de los Gerbes, pero los acontecimientos que siguieron hicieron cambiar los planes políticos de Fernando V, con lo que quedó suspendida la empresa que él mismo pretendía capitanear contra los infieles. Cuando tuvo noticia de que Juan Trivulcio alcanzaba por los Estados Pontificios de la toma de Bolonia y de que los Cardenales refugiados en Milán convocaban el Concilio de Pisa, suspendió también todos los preparativos para la guerra del Africa con el fin de intervenir con todas sus fuerzas en los asuntos de Italia; la invasión de Luis XII no sólo ponía en peligro la autoridad y la persona del Papa, sino también la independencia de las ciudades italianas y las posesiones que España tenía en la Península. Por todo esto quedó sin realizarse el proyecto de desembarcar en Grecia y Albania, la conquista de Alejandría y la consolidación de los territorios adquiridos en el Norte de Africa.

CONCLUSIONES

1.— Fernando V continuó la política de acercamiento de Castilla y Aragón y por diversos medios buscó y consiguió la unión de los reinos peninsulares; a ello tendieron la conquista de Granada, los enlaces matrimoniales de sus dos hijas en su esfuerzo por fusionar Portugal y la anexión de Navarra.

2.— Procuró la amistad y alianza de Inglaterra, Portugal, Alemania y Flandes, así como la del Sumo Pontífice con lo que consiguió anular el poderío de Francia, siempre dispuesta a estorbar el desenvolvimiento de España.

3.— Una vez fusionados Castilla y Aragón y realizada la conquista de Granada, aseguró su posesión con el dominio de la costa norte de Africa en el Mediterráneo occidental.

4.— Intentó extender la influencia de España hasta Grecia; adueñarse también del Mediterráneo oriental y hacer frente al Soldán de Egipto y al Gran Turco.

5.— Fernando V preparó el poderío que alcanzó España durante el reinado de Carlos V y marcó a éste y a Felipe II la política que habían de seguir.

6.— Maquiavelo admiró el poderío de España y aprobó los medios de que se valió Fernando V para lograrlo; creyó que en Italia había llegado el momento propicio para libertar a las ciudades del yugo de los extranjeros y reunió una serie de observaciones para que algún miembro de la familia de los Medicis consiguiera la libertad de Italia.

7.— Maquiavelo con su PRINCIPE y Fernando V mediante su reinado crearon una serie de normas universales de gobierno que han influido en las personas encargadas de dirigir la política de los diversos países en todos los tiempos. El Príncipe ha sido uno de los libros más discutidos y al que se le han dado interpretaciones más diversas.

- AGUADO BLEYE, PEDRO: *Historia de España*, (Espasa Calpe 1947, Sexta Ed. refundida).
- ARCO, RICARDO DEL: *Fernando el Católico*, Edit. Herald de Aragón, (Zaragoza, 1939).
- BALLESTEROS Y BERETTA, ANTONIO: *Historia de España y su influencia en la Historia Universal*. (Barcelona, 1920) T. III.
- BERNALDEZ, ANDRES: *Historia de los Reyes Católicos don Fernando y doña Isabel*, Biblioteca de Autores Españoles por el P. Rivadaneira, (Madrid, 1878).
- BURCKHARDT, JACOB: *La Cultura del Renacimiento en Italia*, (Ed. Losada, Buenos Aires).
- CHAMPION, ARTURO: *Navarra en su vida histórica*.
- COLOMA, LUIS Y RISCO, ALBERTO: *Fray Francisco, Cardenal Cisneros* (Ed. Difusión, Buenos Aires, 1946).
- DOUSSINAGUE, JOSE M.: *La Política Internacional de Fernando el Católico*, (Madrid, 1944).
- EPISTOLARIO ESPAÑOL, Biblioteca de Autores Españoles, (Madrid, 1870).
- FERRARA, ORESTES: *El Papa Borgia*, Colección La Nave, (Madrid, 3a. Ed.).
- FERRARA, ORESTES: *Maquiavelo*, Ed. Pax.
- GIMENEZ SOLER, ANDRES: *La Edad Media en la Corona de Aragón*, (Ed. Labor, 1944).
- GIMENEZ SOLER, ANDRES: *Fernando el Católico*, (Colección Pro Ecclesia et Patria, 1949).
- GONZALEZ PALENCIA, ANGEL: *Historia de la España Musulmana*, (Col. Labor).
- GRACIAN, BALTASAR: *El Político don Fernando el Católico*, que publicó don Vicencio Juan de Lastanosa, 1940.
- GUICCIARDINI, FRANCISCO: *Historia de Italia*.
- KÄHLER, ERICH: *Historia Universal del Hombre*, (Fondo de Cultura Económica, 1946).
- LAFUENTE, MODESTO: *Historia General de España*, (2ª Ed., Madrid, 1922).
- MARIANA, JUAN DE: *Historia General de España*, Madrid.

- MARMOL CARVAJAL, LUIS DEL: *Historia de la rebelión y castigo de los moriscos del Reino de Granada*, Biblioteca de Autores Españoles, (Madrid, 1852).
- MARTINEZ COSIO, LEOPOLDO: *Los Caballeros de las Ordenes Militares en México*, (México, 1946).
- MORAYTA, MIGUEL: *Historia de España*, (2ª Ed., Madrid).
- MOLLER: *Historia Universal*, Ed. Oncken Guillermo, (Barcelona, 1917).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *Carácter de los Franceses*, Ob. Políticas traducidas del italiano por Navarro, D. Luis, (Madrid, 1923).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *Descripción de Alemania*, Ob. Políticas traducidas del italiano por Navarro, D., Luis, (Madrid, 1923).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *Descripción de Francia*, Ob. Políticas traducidas por Navarro D., Luis, (Madrid, 1923).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *Discursos sobre la Primera Década de Tito Livio*, Ob. Políticas traducidas por Navarro D., Luis, (Madrid, 1923).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *Discursos sobre los asuntos de Alemania y acerca del Emperador*, Ob. Políticas traducidas por Navarro D., Luis, (Madrid, 1923).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *El Arte de la Guerra*, Ob. Políticas traducidas por Navarro D., Luis, (Madrid, 1923).
- MAQUIAVELO, NICOLAS: *El Príncipe*, Ob. Políticas traducidas por Navarro D., Luis, (Madrid, 1923).
- OTS CAPDEQUI, J. M.: *El Estado Español en las Indias*, (Fondo de Cultura Económica, 1946).
- PASTOR, LUDOVICO: *Historia de los Papas*, T. V.
- PRADERA, VICTOR: *Fernando el Católico y los falsarios de la Historia*, (2ª Ed., Madrid, 1925).
- PRESCOTT, WILLIAM H.: *Historia de los Reyes Católicos D. Fernando y Dña. Isabel*.
- PULGAR, HERNANDO DEL: *Crónica de los Reyes Católicos*.
- QUINTANA, MANUEL JOSE: *El Gran Capitán*, Biblioteca de Autores Españoles, (Madrid, 1852).
- RODRIGUEZ VILLA, ANTONIO: *Crónica del Gran Capitán*, (Madrid, 1908).
- SAAVEDRA FAJARDO, DON DIEGO DE: *Política y Razón de Estado del Rey Don Fernando el Católico*, Biblioteca de Autores Españoles, Rivadeneira, T. 25.
- SANCHEZ, LUIS AMADOR: *Isabel la Católica*, (México, 1946).
- WHITFIELD, J. H.: *El Príncipe*, (Oxford, 1947).
- ZURITA, GERONIMO: *Crónicas de los Anales de Aragón, Historia del Rey D. Hernando II el Católico*.

ORGANIZACION DEL VIRREINATO DE NUEVA ESPAÑA